AÑO XXX — BUENOS AIRES, 1.º DE MAYO DE 1927 — N.º 5681

LA PROTESTA

PORTE PAGADO

NUMERO EXTRAORDINARIO

l crimen jurídico de Chicago

El 1.o de Mayo es un día de recor-
ación y de protesta. Para los traba-
adores simboliza esa fecha, no sólo
l crimen jurídico de Chicago, sino
ambién todos los crímenes de la ley
y todas las violencias del Estado.

Los sucesos desarrollados en el
ño 1886, durante un mitin en pro
e la jornada de ocho horas, en la
laza Haymarket, en la ciudad de
Chicago, señalan el comienzo de una
arga serie de agitaciones por la con-
uista de mejoras inmediatas para
l proletariado. El epílogo de la
ampaña sostenida en Estados Uni-
os para elevar el nivel material y
spiritual de la clase trabajadora,
ue en el país de "los bravos y los
ibres" sufría el terrible peso del na-
iente capitalismo trustificado, pu
o de manifiesto la brutalidad de los
ínicos pregoneros de la democra-
ia.

Corresponde a la historia la rei-
indicación de los ajusticiados por
os sangrientos sucesos del 1.o de
Mayo de 1886. Se ha demostrado
lenamente que el atentado terroris-
a de la plaza Haymarket, al finali-
arse el mitin en favor de las ocho
oras, fué preparado por la policía
y ejecutado por agentes provocado-
es. Pero en el proceso que siguió a
quella trágica farsa, bajo las terri-
les condiciones creadas por la pro-
paganda de la prensa capitalista—
or el azuzamiento de la chusma
ontra los elementos revolucionarios — no se quiso reconocer la res-
ponsabilidad que contraía la justi-
ia al pronunciar su veredicto de
muerte contra hombres a quienes no
le podía probar ningún delito.

Si aquel error judicial, producto
de un período de guerra insensata
ontra los anarquistas, posible úni-
amente por la complicidad de bur-
ueses, jueces y gobernantes dis-
uestos a spilógar con las horcas
l movimiento revolucionario de los
rabajadores, dió la medida de la bi-
oresía de la plutocracia nortea-
mericana, el hecho de que sirviera
para señalar el incontenible avance
del proletariado en el campo social
y la demostración más concluyente
de la ineficacia del recurso violento
empleado por la burguesía para
afianzar su dominio de clase. Las
horcas no ahogaron la protesta de
los pueblos. A Chicago le siguieron
otras ciudades en la lucha por la
conquista de la jornada de ocho ho-
ras. Se repitieron las manifestacio-
nes tumultuosas, los gestos heróicos,
las inmolaciones sangrientas en el
teatro del Moloch capitalista. Y el
mundo siguió su marcha, a pesar de
las cárceles y de los patíbulos.

La sanción del crimen no evitó la
protesta del mundo contra los sayo-
nes de la ley. Si los revolucionarios
de 1886 pagaron con la vida el delito de tener ideas, la sentencia de los jueces que levantaron las horcas en Chicago en 1887, sirvió de prueba para el proceso moral abierto a Estados Unidos por el proletariado internacional. El 1.o de Mayo quedó consagrado en la historia como un día de recordación y de protesta. Los trabajadores reivindican con un gesto el sacrificio de todos los revolucionarios que cayeron defendiendo la causa sagrada del trabajo, del derecho y de la libertad.

No es sólo el crimen de Chicago el que hace del 1.o de Mayo un día de protesta. La recordación de aquel episodio se fortalece con las perennes injusticias del capitalismo y del Estado. Pero es lo burguesía norteamericana la que parece empeñada en detentar el record de la violencia y el cinismo alcanzado en 1886-87. De ahí que las demostraciones que organiza el proletariado en esta fecha se particularicen en la exterioración de casos que señalan a Estados Unidos como el país que tiene la prioridad en los procesos inspirados por el odio de clase y el espíritu de venganza. Si la historia reivindica la inocencia de los ajusticiados de Chicago, si el proceso por los sucesos del Haymarket fué el producto de una criminal conspiración policial, ¿en qué forma trata la burguesía norteamericana de liquidar la herencia de aquel crimen jurídico, ¿Cómo tratan de borrar el baldón del proceso de 1886-87 los jueces de la plutocracia yanqui? Con una nueva injusticia.

Este 1.o de Mayo tendrá un nuevo motivo de protesta. En el Estado de Massachusseta está pendiente de ejecución una sentencia de muerte. Desde hace seis años esperan el suplicio de la silla eléctrica los anarquistas Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti. Una conspiración policial, dirigida por el juez Thayer, del juzgado de Dedham, complicó a esos dos revolucionarios en un delito co-

HOY COMO AYER, COMO SIEMPRE, EL ESTADO SE ESFUERZA EN AHOGAR EL ESPIRITU MATANDO LA MATERIA

mún. Para declararlos convictos se apeló al fraude, a la coacción y a los falsos testimonios. Policías, licenciados de presidio y prostitutas declararon contra los odiados extranjeros. Y un jurado predispuesto a encontrarlos culpables sancionó la sentencia dictada por el capitalismo pues lo que menos importaba era la causa aparente del proceso: el delito existía en las actividades y en las ideas de los dos obreros considerados peligrosos para el orden social...

Hace seis años que fueron "convictos" Sacco y Vanzetti. La ejecución de la condena fué impedida por la protesta del proletariado mundial, que reivindicó la vida de esos dos hombres convencido de su inocencia. Desde entonces, en la mayoría de los países no cesó la agitación en demanda de un nuevo proceso que reparara el error judicial cometido en Dedham. Pero la reparación de esa injusticia no es posible, porque se opone a ello su ejecutor y sus inspiradores: el juez Thayer y la plutocracia del Estado de Massachussets.

En apelación a la Corte Suprema del Estado de Massachussets, la causa de Sacco y Vanzetti fué definitivamente fallada. El tribunal, bajo la inspiración del juez Thayer, se negó a conceder la revisión del proceso. Y la ejecución de la sentencia quedó fijada para la semana de julio que comienza el día 10, si antes no interviene el gobernador del Estado, el único que puede impedir que funcione la silla eléctrica.

La campaña de salvación de las nuevas víctimas de la plutocracia norteamericana debe continuar con mayor tenacidad en los meses que faltan para que sea cumplida la sentencia. Sacco y Vanzetti están sufriendo una agonía de seis años. El bárbaro suplicio no ha satisfecho la sed de venganza de sus verdugos, y morirán si no impide el mundo que la orgullosa burguesía yanqui sancione con su complicidad y silencio la venganza de uno de sus instrumentos.

Durante los días 8 y 9 de abril, al conocerse en Buenos Aires la resolución de la Corte Suprema del Estado de Massachussets, se desarrolló en la Argentina una huelga general contra la ejecución de Sacco y Vanzetti. El paro fué declarado por la F. O. R. A. y lo secundaron las organizaciones adheridas y una parte de los sindicatos autónomos, en la capital federal y en la mayoría de las ciudades del interior. No basta, sin embargo, ese esfuerzo del proletariado consciente del país para detener la mano del verdugo. La amenaza de muerte sigue pesando sobre los dos rebeldes, y es necesario impedirla a toda costa.

He ahí, pues, porque este 1.o de Mayo tiene excepcional importancia para los anarquistas. No se trata ya de recordar el crimen de Chicago; se trata de impedir la sanción de un nuevo crimen jurídico, del que, como en 1886-87, es responsable la orgullosa plutocracia del dólar.

Lo protesta de este 1.o de Mayo tiene un objetivo inmediato: salvar de la silla eléctrica a Sacco y Vanzetti. El valor simbólico de la fecha, su significación histórica y episódica, tiene menos importancia frente a la posible repetición de los hechos que la determinaron. Recordamos el martirologio de los ahorcados de Chicago; pero nos imponemos el deber de impedir la muerte de los condenados de Dedham, cuyo delito guarda analogía con el que sirvió a los jueces de 1887 para dictar su sentencia contra los anarquistas Spies, Shwaub, Neebe, Fielden, Parsons, Engel, Lingg y Fischer.

Hay que impedir que se repita la injusticia de Chicago. Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti no cometieron otro delito que el de tener ideas y defenderlas en el país de "los bravos y los libres", que se han olvidado del "pecado original" que sirvió de origen a la república norteamericana: la heregía de las sectas religiosas expulsadas de Inglaterra por los representantes de la religión oficial.

Que la protesta de los trabajadores, en este 1.o de Mayo, se dirija principalmente a la salvación de Sacco y Vanzetti. Al recordar el crimen de Chicago, recordemos que en Estados Unidos, los descendientes de la burguesía que llevó a la horca a los revolucionarios de 1886, preparan la silla eléctrica para ajusticiar a dos hombres que recogieron la herencia de los mártires de aquella epopeya sangrienta.

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Hoy

Este primero de mayo se inicia de una manera sistemática en aquellos países del mundo donde el proletariado no ha perdido el derecho elemental a expresar públicamente su opinión, la propaganda en favor de la conquista de la jornada máxima de seis horas. En Francia, en Alemania, en Holanda, en Suecia, en Noruega, en México y en otras partes, los trabajadores revolucionarios presentan hoy a la burguesía una bandera de guerra, una demanda fundamental para la vita cotidiana y para el progreso de los pueblos: la conquista de las seis horas. ¿Se inicia un nuevo período ascendente en las luchas proletarias o las decepciones sin fin y el cansancio no dejarán romper el hielo que nos circunda? No somos profetas, pero sin embargo debemos mirar con fe y esperanza el porvenir. Hay por sobre la misma fuerza o debilidad de la voluntad, un instinto biológico de defensa que moverá sin duda a las grandes masas a reivindicar su derecho a la vida, a una existencia un poco más tolerable. Así no se puede continuar; el desequilibrio material y espiritual es tan grande, que sin una reacción defensiva, iríamos derechamente a un suicidio, y las colectividades no se suicidan.

Después de una larga sucesión de primeros de mayo convertidos por la intervención fatal del socialismo autoritario en ridículas y aburridoras carnavaladas, los trabajadores revolucionarios del mundo, bajo la inspiración y el ejemplo de los anarquistas, infundirán sangre nueva a esta fecha memorable, reivindicando altamente la jornada de seis horas. De hoy en adelante nuestra voz debe sonar con la elocuencia de la acción práctica reivindicadora; de hoy en adelante, la lucha por las seis horas debe concentrar las mejores energías del proletariado militante; de hoy en adelante debemos reiniciar la marcha progresiva y la militancia rebelde. Sólo a ese precio, al precio del esfuerzo tenaz y perseverante y del espíritu de sacrificio, pondremos un coto a las orgías de la reacción e iniciaremos la ofensiva proletaria y revolucionaria.

La resistencia del capitalismo.

El capitalismo argüirá que una reducción de la jornada actual significará el diluvio, la bancarrota, la muerte del sistema económica vigente. Desgraciadamente no es así. Por lo demás, esa argumentación carece de base y es una monótona repetición que no puede tener la virtud de convencer a nadie. Cuando en 1833 el parlamento inglés redujo por medio de una ley que quedó en el papel a 12 horas la jornada de los jóvenes de 13 a 18 años en cuatro industrias, los economistas oficiales y los capitalistas creyeron que se acercaba por ello el fin de la industria británica. Cuando nuestros compañeros de Chicago se lanzaron a la lucha por la conquista de las ocho horas, también fueron objeto de todos los dicterios y también se pretendió argüir que con esa jornada el capitalismo norteamericano se arruinaría completamente. Por desgracia, repetimos, la reducción de la jornada, por sí sola, no representa ningún peligro para el sistema económico en que vivimos. Al contrario, puede significar incluso un alivio, una ventaja. Y un economista desprovisto de prejuicios podría demostrar estadísticamente hoy que la reducción de la jornada a seis horas acarrearía una situación de bienestar y de prosperidad general, tanto para capitalistas como para obreros.

La crisis del consumo

La desocupación actual internacional, que abarca sólo en Europa a unos 8 millones de obreros, es decir, a una población de treinta millones aproximadamente si añadimos al obrero sin trabajo los miembros de la familia que dependen de él, tiene dos causas fundamentales, no distintas, sino complementarias: el desenvolvimiento técnico, el perfeccionamiento de los métodos mecánicos de producción; la racionalización del trabajo; eso por una parte; por otra: la crisis del consumo, consecuencia lógica y necesaria de la desocupación originada por los progresos mecánicos aludidos.

En efecto: el perfeccionamiento mecánico de la post-guerra, cuyo proceso está en plena eficiencia y en pleno desarrollo, tiene la virtud de aumentar la productividad y de disminuir simultáneamente las fuerzas humanas necesarias. En todas las esferas de la actividad industrial puede constatarse el mismo fenómeno: aumento de la productividad y disminución de los brazos humanos necesarios para el proceso de la producción.

Eso crea un ejército industrial de reserva cada vez mayor, y como la principal fuente consumidora es el proletariado, por ser la clase más numerosa, el aumento de la desocupación trae consigo una disminución de la capacidad de consumo de los sin trabajo; y como el capitalismo se aprovecha de la menor capacidad de resistencia de los modernos esclavos y reduce los salarios y encarece los artículos de primera necesidad tanto como los menos necesarios, tenemos un decrecimiento general de la capacidad de consumo de los trabajadores.

Y se produce la paradoja de una extraordinaria capacidad de producción que no beneficia a la humanidad porque el capitalismo, ha obligado a reducir, mediante la gran desocupación crónica y la exigüidad de los salarios, la capacidad de consumo de los pueblos.

El remedio

El remedio inmediato está en la disminución del horario de trabajo. Con la implantación de las seis horas veríamos desaparecer como por encanto el enorme ejército de los desocupados y simultáneamente se tendría un aumento de la capacidad de consumo de las grandes masas, que estaría ligada a un nuevo período de prosperidad industrial.

Estadísticamente se ha demostrado diversamente que aun en el caso de t[...] práctica rigurosa de las ocho horas, la desocupación continuaría en pie, porque los progresos mecánicos han operado una verdadera revolución industrial, tan importante tal vez como la que marcó los comienzos del maquinismo hace más de un siglo.

El remedio no está en la práctica de las ocho horas, como quieren suponer los reformistas aliados al capitalismo. El remedio inmediato está en la implantación de las seis horas como jornada máxima.

La acción directa

Pero para que la jornada de seis horas tenga la significación progresiva y revolucionaria que ha tenido la de ocho, es preciso que los trabajadores impongan ellos mismos, por su acción directa, esa reivindicación, valiéndose de sus organizaciones económicas de lucha y de resistencia.

Desde 1802 a 1833 se votaron en Inglaterra cinco leyes del trabajo que reducían la jornada; como todas las leyes, esas cinco quedaron en el papel. Sólo cuando los trabajadores recurrieron a su acción directa arrancaron, con sanción legal o sin ella, las reivindicaciones deseadas y sólo entonces tuvieron efectividad.

Eso quiere decir que no es en el parlamento ni en instituciones capitalistas y estatistas de ninguna especie donde se debe luchar por la reducción de la jornada, sino en el taller, en la calle, en el sindicato. La jornada de seis horas será una realidad por medio de la acción directa o no será. Esto conviene volver a recordarlo en esta fecha, elocuente demostración de lo que ha podido nuestra táctica revolucionaria en la consecución de las ocho horas.

¡Redoblemos de hoy en adelante la lucha proletaria, por la elevación del nivel material de la vida de los trabajadores, por la jornada de seis horas, por una mayor determinación del mundo del trabajo en los destinos de la historia!

¡Por el primero de mayo de las seis horas!

———•••———

J. GIGARO

Primero de Mayo

Remember

Recordar, en este día, las figuras heróicas de los anarqquistas que, cuarenta años ha, subieron al patíbulo en la moderna Cartago, no es hacer fetichismo ni crear ídolos, que esto sería estúpido de nuestra parte. Es algo más: es querer avivar en el pecho de los oprimidos el fuego latente de la libertad.

Recordar el gesto, el valor, las palabras de aquellos hombres íntegros que supieron darse enteros al ideal, no es ser tradicionalistas al modo de patrioteros y politicastros, no; es querer iluminar el cerebro de los ignaros con la chispa de la verdad, es hacer palpitar con fuerza el corazón de los hombres sedientes de justicia, es inflamar el orbe de sacrosanta rebeldía.

Recordar a los hombres de aquel trágico Mayo es pregonar a voz en cuello sus ideales de redención humana, es hablar de sus vidas claras como el agua de los manantiales, bellas como capullos de rosa, para que nos sirva de aliciente en esta hora negra de la Historia, en esta hora de reacción universal; para que sea acicate que nos empuje adelante por la vía escabrosa de la igualdad y la libertad; para que sirvan de ejemplo a la juventud que, a pesar de todo, año tras año va engrosando las filas revolucionarias.

A través de los años y por obra del socialismo incoloro, el 1.o de Mayo ha perdido su verdadero significado. El día de protesta, el día de iracundas rebeliones que la burguesía y el Estado veían acercarse con temblor de histeria, se ha convertido en el día de la fiesta del trabajo".

¡Fiesta del trabajo, cuando el trabajo es todavía una maldición que pesa sobre una parte de la sociedad! ¡Fiesta del trabajo, cuando el trabajo implica esclavitud, hambre, miseria!... ¡No y no!

¡Reivindiquemos este día todo nuestro! Que irrumpa en los aires como una amenaza de muerte al inhumano régimen que sufrimos, nuestro airado grito de protesta; que las huestes del trabajo abandonen las fábricas, los talleres y los campos; pero que no queden inactivos los brazos y el cerebro de los productores. Que se agiten, que luchen, y después, quizá, podamos entonar un himno al trabajo libre.

Este 1.o de Mayo tiene gran similitud con el de 1886. Cuarenta y un años ha nuestros hermanos, los trabajadores de Chicago, se declaraban en huelga para arrancar a los plutócratas del dólar la jornada de ocho horas — esa conquista que costó ríos de sangre al proletariado universal, y que después muchos gobiernos legalizaron y otros tratan aún de desconocer —, hoy los obreros de ambos mundos inician la lucha por la jornada de seis horas.

¿Volverán a teñirse de roja sangre proletaria las calles de las ciudades? Es muy probable.

Toda conquista nueva costó vidas humanas. Es doloroso, pero es así, y seguirá siéndolo hasta tanto no caiga definitivamente la sociedad capitalista.

Recordemos, pues, a los mártires de Chicago, y que el recuerdo de aquellas vidas pletóricas de idealidad, truncadas por las manos del verdugo, nos alienten en la lucha, que sostenemos por el bienestar y la libertad de todo el género humano.

Y si el 1.o de Mayo de 1886 fué el preludio de la lucha, que sea éste 1.o de Mayo de 1927 el que marque el principio del fin de la sociedad basada en el privilegio y la fuerza bruta.

Federación Obrera Regional Argentina

1886—1.º DE MAYO—1927

Reafirmemos nuestros valores—Reivindiquemos la jornada de seis horas

Ni con argumentos de solidez, ni en la realidad de las luchas, institución alguna en el país puede disputar a la Federación Obrera Regional Argentina la más clara interpretación del pensamiento anarquista, ni la más legítima representación de los anhelos emancipadores del proletoriado.

Ahí está su historia para corroborar este aserto. Que hable el recuerdo de las víctimas del vandalismo policial y militar, las que sucumbieron en defensa de sus postulados. Incrustados están en la vida política y económica de toda la región los episodios y las luchas sostenidas, en las que se rebela el espíritu que informó siempre la fisonomía revolucionaria de nuestra entidad regional y que inspiró en todo momento el dinamismo vigoroso de su ininterrumpida acción.

La idea-fuerza propulsora de su desenvolvimiento orgánico, un ideal de renovación constante, alentador de sus acciones combativas, la aplicación de las ideas que son a la vez brújula de orientación y norte de la ruta, a la realidad de los problemas y de las luchas sociales, han constituído la causa fundamental de su brillante historia a través de un cuarto de siglo.

Ha estado cifrado, pues, durante 25 años el exponente de los más altos valores de la F. O. R. A. en la encarnación de su pensamiento federalista y libertario, en su estructura orgánica, en la realización de un criterio anarquista en sus métodos de propaganda y en sus tácticas de lucha, en el esfuerzo pertinaz de sus militantes para aproximarse constantemente a nuevas interpretaciones y formas prácticas de convivencia futura, propagando una cultura revolucionaria en el seno del pueblo y estimulando al individuo a una acción mancomunada contra el capitalismo y el Estado.

Constatemos, entonces, camaradas, en este día de afianzamiento de nuestras caras convicciones que no hemos desviado nuestra vieja y acertada marcha hacia el bienestar social de todos los humanos, pues permanecemos firmes en la misma brecha. Réstanos ahora, consecuentes con los principios revolucionarios de la F. O. R. A., y, sin rechazar la lucha en el terreno de las conquistas inmediatas, proseguir el camino emprendido hacia la revolución emancipadora.

Sí; sin despreciar las conquistas inmediatas, porque el camino más recto hacia el porvenir lo trazaremos aplicando las soluciones más prontas y atinadas a los problemas que nos plantean las luchas del presente.

Mantengamos la persuasión de que el mejoramiento incesante de los expoliados y oprimidos no puede ser extraño a las proyecciones justicieras del anarquismo.

No olvidemos en ningún momento que nuestras inquietudes humanisticas[?] existencia de un régimen cuyas injusticias flagelan sin cesar a la mayoría de los hombres.

Luchemos, por ende, sin tregua, hasta extirparlas, contra las iniquidades sociales que sirven de base a un régimen absurdo como el presente. Pensemos en la situación angustiosa que más y más agobia cada día al proletariado de todo el mundo. Y a este respecto, un deber de lucha llama hoy con más urgencia que nunca al corazón de todos los hombres embargados por sentimientos humanos: es impostergable la acción defensiva contra una sociedad infame que condena a la desesperación y a la muerte a millones de productores por la sentencia criminal de desocupación forzosa.

El clamor universal de cuantos sufren el azote cruel de la miseria y el hambre, imponen urgentemente a nuestra conciencia una correspondencia de solidaridad con tantas víctimas.

Y es ya consuno universal entre los trabajadores conscientes de todo el mundo que la más eficaz y factible solución contra tan abominable crimen, estriba perentoriamente en la reducción de la jornada diaria de labor.

La jornada de seis horas es la consigna revolucionaria del momento. Aboquémonos por ella a una impostergable agitación.

Es hora ya de afianzar y ampliar aquel derecho por cuya conquista los mártires de Chicago ofrendaron a nuestra causa el sacrificio de sus vidas: un trabajo más racional en armonía con el progreso y una distribución del mismo más equitativa, conforme a sentimientos humanos.

Reivindiquemos en esta cruzada la memoria de aquellos hombres que perecieron en el cadalso por conquistar para los hijos del trabajo igual prerrogativa.

¡Por la jornada de seis horas, hoy!

¡Siempre contra el capitalismo y el Estado!

¡Todos los trabajadores en pie!

EL CONSEJO FEDERAL

D. A. DE SANTILLAN

Figuras del anarquismo en la Argentina

HECTOR MATTEI

De la nueva generación, son muy pocos los que conocen algo de la vida de Héctor Mattei, que sin embargo ha desaparecido hace poco más de diez años de entre los vivos. No obstante, si hay en este país una figura, por decirlo así, central del movimiento anarquista, y a cuyas actividades está más o menos ligada la propaganda en el curso de 35 años aproximadamente, es Héctor Mattei, que llegó a la Argentina alrededor de 1880 y no era ya un recién iniciado en las luchas proletarias.

Nació en Livorno (Italia) en 1851; desde muy joven se adhirió a los republicanos, y no habiéndole satisfecho ese movimiento evolucionó hacia la corriente antiautoritaria de la Internacional, entonces en vigor en los países latinos de Europa. Entró en la Internacional en 1875 y ha quedado fiel a sus ideas hasta su muerte. De Italia emigró a Francia y en Marsella fué secretario de un grupo de propaganda; después de correr algunos peligros en Marsella a causa de sus ideas vino a la Argentina, y en Buenos Aires se ocupó como tenedor de libros.

Pero no por eso cesó en su propaganda. Estuvo siempre en el centro del movimiento y no había iniciativa importante en que no tuviera su participación activa. Hijo espiritual de la Internacional italiana orientada por Cafiero y Malatesta, ha debido inclinarse desde temprano por el comunismo anárquico. El colectivismo lo representaban seguramente los internacionalistas españoles inmigrados, como Feliciano Rey, Francisco Morales y otros muchos; pero la polémica entre anarquistas comunistas y colectivistas no tuvo en la Argentina nunca una significación particular.

El propio Mattei traza este cuadro del movimiento anarquista en los años 1884 a 1887:

"...En el mes de junio de 1884, los obreros Marino Garbaccio, panadero (que falleció en el año 1885), Miguel Fazzi, ebanista, Wáshington Marzorati, grabador, y otros 14 compañeros constituyeron un círculo *comunista-anárquico*, declarándose sección de la Asociación Internacional de los Trabajadores con el fin de discutir la "cuestión social" en las sesiones públicas del círculo y hacer propaganda por medio de la distribución gratuita de los periódicos *La Questione Sociale*, que publicaban en Florencia Errico Malatesta y otros compañeros; *El Paria*, que publicaban algunos otros camaradas en Ancona, y *La Révolte*, en París.

La propaganda del *comunismo* y de la *anarquía* fué más intensa cuando después de dos o tres meses de la llegada a Buenos Aires (en febrero de 1885) del camarada Errico Malatesta, se constituyó con gran entusiasmo un Círculo de estúdios sociales, sito en la calle Bmé. Mitre 1375, en el cual éste y otros compañeros dieron las primeras conferencias públicas comunistas anarquistas, publicándose entonces en italiano *La Questione Sociale*. En los años sucesivos se constituyeron otros círculos y clubs, "comunistas anarquistas" algunos, y de "Estudios sociales" otros. En 1887 se publicó un nuevo semanario comunista anárquico, *El Socialista*, órgano de los trabajadores.

"Errico Malatesta cooperó con otros camaradas anarquistas en el año 1887 a la organización definitiva de la Sociedad Cosmopolita de Resistencia de obreros panaderos, con conferencias en las reuniones de éstos..." (v. H. Mattei: *Al camarada Modesto Quilonides*, LA PROTESTA, 10 de septiembre de 1909).

El ambiente que describe Mattei es el mismo de que él ha sido un ardiente animador. *El Socialista* fué publicado por él mismo algún tiempo.

A propósito de la organización de los panaderos, la primera sociedad de resistencia fundada en la Argentina, creemos oportuno desenterrar una vieja aclaración, que transcribimos a título documental porque su autor parece haber estado bien interiorizado del asunto. Es un articulito, *Los iniciadores del movimiento obrero*, firmado Juan Emprivets (ex obrero panadero) y publicado en LA PROTESTA (24 de mayo de 1908):

"...Puedo confirmar que fueron los anarquistas los que iniciaron en la Argentina la agitación económica obrera y constituyeron las primeras sociedades de resistencia. En los años 1886 y los sucesivos constituyeron los Obreros panaderos, Obreros mecánicos, Obreros carpinteros, Obreros zapateros, Obreros zingueros, Obreros cortadores de calzado, etc. Y si algunas de ellas se disolvieron fué por formar parte de ellas elementos de ideas nacionalistas y sistemas anticuados.

"Pero debo rectificar a Angelucci y a otros compañeros sobre su afirmación que la Sociedad de obreros panaderos de Buenos Aires fué organizada por Malatesta; fué iniciada por el finado Francisco Momó, de oficio panadero, nacido en Livorno (Italia) — pongo el lugar de su nacimiento para que no se le confunda con otro Momó socialista; él dió los datos sobre la triste condición de nosotros, obreros panaderos de Buenos Aires, al anarquista Héctor Mattei, tenedor de libros; con esos datos, éste escribió varios artículos en el semanario comunista-anárquico *El Socialista*, que él publicaba entonces en esta ciudad. A consecuencia de esos artículos dirigidos "A los obreros panaderos", que circularon en el gremio, el finado Francisco Momó, con otros colegas panaderos, convocaron al gremio a una asamblea general, que al terminar dejó constituída la "Sociedad cosmopolita de colocación de obreros panaderos de Buenos Aires".

"A las reuniones sucesivas de la comisión organizadora asistió también Mattei, quien observó que no debía ser una sociedad de socorros mutuos y de colocación, como algunos querían imponer, sino una sociedad de resistencia y colocación, explicando sus fines defensores de los intereses de los obreros. Y así fué aprobado por la casi unanimidad de los panaderos presentes.

"El amigo Errico Malatesta, mecánico electricista, redactó el programa, bases y fines de la Sociedad Cosmopolita de resistencia y colocación de obreros panaderos de Buenos Aires", por encargo de su amigo Héctor Mattei, el cual, con Rafael Torrent, — este último obrero panadero entonces —, había recibido encargo de la asamblea general que se celebró el 3 de noviembre de 1887, de redactar "el programa y reglamentos internos". Por consiguiente Errico Malatesta fué uno de los cooperadores a la organización de esa sociedad, y no un fundador, cosa que publicaron equivocadamente algunos, como también lo fueron los anarquistas Zacarías Ravassa y Francisco Morales, ambos obreros zapateros, y Héctor Mattei; porque en los meses de noviembre y diciembre de 1887 los cuatro dieron conferencias apropiadas en las asambleas generales del gremio panadero, provocando la primera huelga económica de éstos..."

Sobre Momo se lee en una nota que murió en Gracia (Barcelona) en el año 1892 ó 1893, por haberle explotado una bomba mientras concluía de confeccionarla.

El nombre de Mattei está ligado al movimiento obrero anarquista de la Argentina, no sólo por la participación que ha tenido en la constitución del primer sindicato de resistencia, sino también por haber sido llamado a la administración de la sociedad de panaderos, de la que fué el secretario y el orientador desde noviembre de 1887 a octubre de 1896, época en que renunció. Mientras estuvo al frente de la sociedad de panaderos, se esforzó por alentar la constitución de otros organismos obreros. Y desde el 16 de septiembre de 1894 inició la publicación de *El obrero panadero*, el primer órgano del gremialismo anarquista de la Argentina, publicando además folletos de propaganda.

Sus diez años de esfuerzos al frente del gremio de panaderos no fueron superfluos, pues supo imprimir una orientación a la mayoría de los organismos obreros. Pero, naturalmente, no se encerró en un estrecho círculo corporativo, sino que tomó parte en cuantas iniciativas anarquistas surgían a su alrededor; por ser uno de los camaradas más viejos y respetados en el movimiento, se buscaba su apoyo y él no lo rehusaba nunca. En 1889-90 cumplió una condena de 11 meses con Emile Piette y Victoriano San José a causa de un manifiesto escrito por Julio Roca.

Mattei tuvo su mano en la fundación de la Federación Obrera Regional Argentina, y fué el principal organizador de la sección de Oficios Varios de la Federación obrera, constituída en la sexta sesión del primer congreso gremial, el 2 de junio de 1901.

El 20 de septiembre de 1898 un hermano de Mattei, Polinice, también anarquista y militante, fué muerto en el Brasil por un patriotero italiano. Para Héctor fué una pérdida dolorosa, pero no le impidió continuar sistemáticamente su obra. *L'Avvenire*, un órgano de propaganda de larga duración, que desapareció poco después de la ley de residencia, en noviembre de 1902, sofocado por las persecuciones policiales, tuvo en él un sostenedor y cooperador asiduo. En español escribió poco y parece que no lo dominó nunca bastante, pero, junto con Creaghe, era el hombre de confianza del movimiento y su opinión era respetada en todos los asuntos de la propaganda. Durante muchos años fué revisador de cuentas de los diversos grupos editores de LA PROTESTA, sin descuidar su intervención en el movimiento obrero y en la labor cultural.

Sería imposible enumerar todos los puestos de responsabilidad que ocupó Mattei en la propaganda anarquista de la Argentina en el transcurso de su larga actuación. Fué tesorero de la Escuela Moderna fundada por Samuel Torner, que publicó la revista *Francisco Ferrer*.

El 16 de junio de 1912 se fundó la *Liga de educación racionalista* de Buenos Aires; Mattei fué su principal promotor, como lo había sido antes de la Escuela Moderna. Otros de los fundadores de esa Liga fueron Renato Ghia y Julio R. Barcos. La comisión administrativa la compusieron: Mattei, Cabrera, Herrero, A. Barrera, H. Staffa, Bamba y Magrassi.

Murió el 8 de junio de 1915 en Buenos Aires. Nuestros compañeros sabían los grandes servicios prestados a la causa de la anarquía y del proletariado por ese hombre. LA PROTESTA escribía así al día siguiente de su muerte:

"La dolencia que sufría de años y años, le abatió. Quien hizo una vida ardiente, valerosa y decidida contra el Estado, ha muerto como vivió: sereno, sin miedo, en firme...

"¡Héctor Mattei!... Los que actuaron en los albores del movimiento anarquista de la Argentina, saben bien cuánto valía. Recuerdan su voz de acero, vibrante, aguda, nutrida, que parecía que se entraba de punta en los corazones, de filo sobre las frentes. Las asambleas borrascosas, batidas de controversias, endiabladas, era fatal que él las presidiera. Tenía no sé qué toque divino que lo soliviantaba sobre todas las mareas como a un ave. Su palabra aquietaba, como una mano, las olas de las pasiones. Era un tipo de caudillo que no quiso serlo nunca, porque era anarquista"...

Para el 13 de junio de 1915 se había preparado un acto de conmemoración del nuevo aniversario de LA PROTESTA; al mismo tiempo se había pensado ese acto como homenaje a Juan Creaghe y para hacer uso de la palabra se confiaba en dos de los más viejos compañeros: Héctor Mattei y Rafael Torrent. Lo muerte impidió a Mattei, enfermo de una enfermedad que los médicos no supieron diagnosticar, cumplir ese último compromiso.

Eduardo G. Gilimón escribió, respecto de Creaghe y Mattei:

"La modalidad anarquista, esta modalidad de nuestro anarquismo, tiene su origen en el modo de ser de esos dos tenaces viejos, acérrimos partidarios de la organización gremial, a la que ambos han dedicado sus empeñosos esfuerzos durante años y años.

"El temperamento fuerte de Mattei ha dado a los gremios esa vigorosidad que en la lucha diaria los singulariza"... (*La Obra*, suplemento de LA PROTESTA, Nº. 1, junio de 1915).

Hemos creído, en consecuencia, que no está de más recordar a los compañeros que lo ignoran el gran papel desempeñado durante muchos años en el movimiento anarquista de la Argentina, por Héctor Mattei.

EMMA GOLDMAN

El Primero de Mayo en Petrogrado

En 1890 se celebró en América por primera vez el Primo de Mayo como el día de fiesta del Trabajo internacional. El Día de Mayo llegó a ser para mí un acontecimiento extraordinario, inspirador como pocos. Ser testigo de la celebración del Primero de Mayo en un país libre era algo con que se podía soñar o desear con vehemencia, pero que quizás nunca se realizaría. Y ahora, en 1920 el sueño de muchos años iba a convertirse en realidad en la Rusia revolucionaria. La impaciencia me devoraba por presenciar pronto el Primo de Mayo. Fué un día glorioso; al calor del sol primaveral se iban derritiendo los últimos hielos del invierno inclemente. Desde muy temprano sonidos musicales me saludaron, grupos de trabajadores y soldados marchaban por las calles entonando cantos revolucionarios. La ciudad estaba alegrémente adornada: la plaza Uritski, frente al Palacio de Invierno, era una masa roja y las calles cercanas un verdadero tumulto de colores. Multitudes compactas se dirigían hacia el Campo de Marte donde yacían los héroes de la Revolución.

Aunque tenía una tarjeta-invitación para la tribuna oficial preferí permanecer entre el pueblo para sentirme una parte de la gran hueste que había llevado a cabo el acontecimiento mundial. Este era su día — el día de su realización. No obstante... parecían peculiarmente tranquilos, abrumadamente silenciosos. No había alegría en su cantar, ni regocijo en su risa. Marchaban mecánicamente, automáticamente respondían a los *claqueurs* de la tribuna oficial que gritaban "Hurrah" a medida que las columnas pasaban.

Por la noche se iba a verificar un acto público. Mucho antes de la hora anunciada la plaza Uritski, frente al Palacio, y las orillas del Neva hervían de gente, reunida para presenciar el acto al aire libre que simbolizaría el triunfo del pueblo. La pieza constaba de tres partes: la primera describía las condiciones que condujeron a la guerra y el rol de los socialistas alemanes en ella; la segunda reproducía la Revolución de Febrero, con Kerenski en el poder; la última — la Revolución de Octubre.

Fué una pieza vívida, real, fascinante. Se representó en los peldaños de lo que fué Stock Exchange, frente a la plaza. En el escaño más alto se sentaban reyes y reinas con sus cortesanos, a quienes rendían pleitesía militares endosados en vistosos uniformes. La escena presenta una recepción de gala: se anuncia que se va a construir un monumento en homenaje al capitalismo mundial.

Hay mucho regocijo y sigue una salvaje orgía de música y danza. Entonces de las profundidades emergen las masas esclavizadas y trabajadoras, sonando sus cadenas tristemente en constraste con la música de arriba. Están respondiendo a la orden de construir el monumento para sus amos: se ven algunos que llevan martillos y yunques; otros tambaleándose bajo el peso de enormes bloques de piedra o van cargados de ladrillos. Los obreros trabajan penosamente en su mundo de miseria y obscuridad, azotados, para que realicen esfuerzos mayores, por el látigo del capataz de esclavos, mientras arriba hay luz y alegría y los amos están de fiesta. La realización del monumento se señala por amplios discos amarillos levantados en alto en medio del regocijo del mundo que se mueve en la cumbre.

En este momento se vé una bandera flameando abajo, y una pequeña figura que arenga al pueblo. Puños amenazantes se alzan y la bandera y la figura desaparecen para reaparecer en diferentes partes del bajo mundo. Otra vez flamea la bandera roja, ora aquí, ora allí. Poco a poco el pueblo cobra confianza y se vuelve amenazador. La indignación y la angustia crecen — los reyes y las reinas empiezan a alarmarse. Para mayor seguridad se encierran en las ciudades, y el ejército se prepara para defender la fortaleza del capitalismo.

Estamos en agosto de 1914. Los gobernantes están otra vez de fiesta y los trabajadores siguen esclavizados.

Los miembros de la Segunda Internacional están confabulados con el poder. Permanecen sordos al alegato de los trabajadores que piden los salven de los horrores de la guerra. Entonces los acordes del "God save the king" anuncian la llegada del ejército inglés. Es seguido por soldados rusos con fusiles y artillería y una procesión de enfermeras y tullidos, el tributo para el Moloch de la guerra.

El siguiente acto describe la Revolución de Febrero. Banderas rojas aparecen por todas partes, automóviles blindados se atacan entresí. El pueblo asalta el Palacio de Invierno y arría el emblema de la mansión del Zar. El gobierno de Kerenski asume el poder y el pueblo es arrastrado otra vez a la guerra. Entonces viene la maravillosa escena de la Revolución de Octubre, con soldados y marineros que marchan a lo largo del amplio espacio que se extiende ante la construcción de mármol blanco. Saltan a los peldaños del palacio, hay una breve lucha y las masas lanzan vítores de triunfo. La "Internacional" flota en el aire; sube más alto y más alto en exultantes estruendos de alegría. Rusia es libre — los trabajadores, soldados y marineros anuncian la nueva era, el comienzo de la comuna mundial!

Enormemente conmovedor fué este acto. Pero la inmensa masa permaneció silenciosa. Sólo un débil aplauso se oyó de la gran muchedumbre. Yo estaba confundida. ¿Cómo explicar esta sorprendente falta de respuesta? Cuando le hablé a Lisa Zorin acerca de ello dijo que el pueblo había vivido la Revolución de Octubre y que la representación teatral era un pálido reflejo de la realidad de 1917. Pero mi pequeña vecina comunista me dió una versión diferente: "El pueblo ha sufrido tantas desgracias desde octubre de 1917", dijo, "que la revolución ha perdido todo significado para él. La pieza tuvo la virtud de hacer su dolor más acerbo.

RUDOLF ROCKER

El socialismo de Kropotkin

Entre los pensadores contemporáneos que han fecundado espiritualmente el movimiento socialista de los últimos cuarenta años, fué Kropotkin uno de los pocos que nos llevaron a una más honda valorización de toda la ideología socialista y abrieron a nuestro conocimiento en esa dirección nuevas perspectivas. Su grandiosa filosofía del apoyo mutuo, que constituye el núcleo de toda su doctrina, que conmueve nuestro más profundo ser interior con poder irresistible, es verdaderamente el contenido esencial de toda la concepción socialista. Y lo que da a esa interpretación de la convivencia social su importancia imperecedera es el hecho que no ha surgido de las consideraciones especulativas de un sabio de gabinete, sino que debe ser estimada como resultado de investigaciones científicas concretas y de profundas comprobaciones. La visión luminosa de Kropotkin en la evolución de los fenómenos sociales de la vida era una brillante refutación de la concepción unilateral y limitada de la tesis de Darwin sobre la lucha por la existencia, que desde hace décadas fué interpretada por los representantes más distinguidos de las ciencias naturales en el sentido que no sólo entre las diversas especies, sino también dentro de las mismas familias tiene lugar una lucha ininterrumpida en cuyo curso los "fuertes" se afirman y los "débiles" tienen que sucumbir. Esa interpretación dió a los partidarios del darwinismo social, a cuya cabeza figuraba el sabio inglés Huxley, la posibilidad de prestar nuevo brillo a las tenebrosas manifestaciones de Malthus, según el cual "la mesa de la vida no estaba cubierta para todos" y fundarla de nuevo en una base supuestamente científica. Y vino Kropotkin y nos mostró de la mano de un material casi inagotable que esa concepción de la naturaleza es sólo una grotesca caricatura de los verdaderos fenómenos de la vida y que junto a esa forma brutal de la lucha por la existencia acentuada con especial preferencia por muchos partidarios de Darwin, existe otra forma que se expresa en la conexión social de las especies débiles y en su manifestación práctica del apoyo mutuo. Pero esa segunda forma de la lucha por la existencia se demuestra para la existencia del individuo tanto como para la existencia de la especie mucho más eficaz que la contienda brutal de los fuertes contra los débiles, lo que es demostrado bastante claramente por el visible retroceso de aquellas especies que viven aisladas y sólo sostienen su existencia gracias a su superioridad puramente física.

De la forma más notoria se revela eso en la historia del desenvolvimiento humano. En toda fase especial de ese desenvolvimiento tropezamos con muchos millares de instituciones sociales y de hábitos que deben su origen al sentimiento de la solidaridad recíproca que tiene sus raíces en la comunidad de los intereses. En las tribus de los salvajes y en las cooperativas del mercado de los bárbaros, en las guildas de artistas y de artesanos de las ciudades libres de la edad media y en innumerables organizaciones e instituciones de nuestro propio tiempo obra el espíritu del apoyo mutuo y se manifiesta en todas partes como el factor más poderoso de todo desarrollo social y cultural. No fué el hombre el inventor de la sociedad; la sociedad y el instinto de la sociabilidad le fueron transmitidos como herencia por aquellas especies de cuyo seno ha nacido y que precedieron a su humanización. Y ese espíritu de la sociabilidad, que se ha convertido ya en instinto de las grandes masas, fecundó siempre la iniciativa y la actividad creadora de los pueblos.

De ese modo explica también Kropotkin el origen y la evolución de los sentimientos morales en los hombres. Ni el famoso imperativo categórico de Kant, ni el vano palabrerío del gran amoralista Nietzsche, que no logra engañar sobre el vacío interior y la inconsistencia de la famosa teoría del "más allá del bien y del mal", pudieron en este concepto darle determinadas indicaciones. Apoyándose en el terreno de la investigación científica concreta, vió Kropotkin en los sentimientos morales de los hombres el resultado natural de su convivencia social y la expresión de la simpatía recíproca que encontró poco a poco su cristalización en los hábitos y costumbres de los hombres. Esa herencia de los tiempos más primitivos en la forma de sentimientos y hábitos sociales constituye el bien más precioso de los seres humanos y la verdadera base de todo desarrollo progresivo. En ese sentido el socialismo no es para Kropotkin una utopía fantástica, sino la más alta y acabada expresión de aquel espíritu del apoyo mutuo que forma una tendencia arraigada de la evolución humana. El socialismo de Kropotkin se nos aparece como el resultado de las capacidades creadoras en el seno del pueblo, que se desarrolla de abajo a arriba, como una planta que comienza por las raíces para llegar paulatinamente a la floración y a los frutos. No se le puede dictar arbitrariamente nada, ni crearlo artificialmente por decreto gubernativo. Todo ensayo en ese sentido implica el germen de la muerte, pues tiene que conducir inevitablemente al capitalismo de Estado, a la peor forma de toda explotación.

La lucha continua entre autoridad y libertad, entre esclavitud del Estado y asociación libre, entre gobierno y administración, entre poder organizado y acuerdo mutuo que se desarrolló en todos los tiempos de la historia, es sólo una manifestación de dos tendencias diversas en la sociedad que están siempre hostilmente unas contra otras. La primera tendencia que encarna en sí la forma brutal de la lucha por la existencia es, según su esencia, antisocial y aspira siempre a la sumisión y explotación de las grandes masas en provecho de minorías privilegiadas. Se presenta siempre en alguna forma del poder público y fué siempre un obstáculo para todo desenvolvimiento social. La segunda tendencia surge de los instintos sociales de las masas; desarrolla su actividad y su iniciativa creadora y testimonia en millares de instituciones por sus fuerzas culturales.

El socialismo de Kropotkin es una especie de síntesis en que se resumen el anhelo de la libertad personal y la aspiración a la igualdad social. El socialismo será libertario o no será. Junto con la explotación del hombre por el hombre debe desaparecer también la dominación del hombre sobre el hombre; junto con el monopolio de la propiedad debe desaparecer también el monopolio del poder. El gran objetivo político del socialismo no es la conquista del Estado, sino su superación. En lugar del aparato central del poder debe aparecer la federación libre de las comunas independientes, en lugar de la coacción legal el libre acuerdo y la entente mutua. Kropotkin ve las tendencias de una evolución en ese sentido en los millares y millares de asociaciones libres en todos los dominios de la vida social, que deben su existencia simplemente a necesidades generalmente sentidas y a la libre iniciativa de los hombres.

Pero Kropotkin reconoce tales tendencias evolutivas en el dominio de la economía, y las ideas que ha expuesto en su obra: *Campos, fábricas y talleres*, han obrado como precursoras. La mayor parte de los pensadores socialistas de la primera mitad del siglo pasado estaban formalmente hipnotizados por la poderosa evolución de la industria y por los progresos técnicos en todos los dominios de la producción industrial. Por consiguiente no es extraño que dirigieran su principal atención a la industria y que hayan tratado a la agricultura con tan poco interés. También los padres de la moderna economía política estuvieron como deslumbrados por los resultados de esas nuevas formas de la producción humana y vieron en ellas los fundamentos férreos de las posibilidades económicas de desarrollo con perspectivas ilimitadas. Y era tan fuerte la influencia de sus doctrinas que un gran número de pensadores socialistas se dejó vencer por su espíritu y quisieron reconocer en la división del trabajo y en la centralización industrial las condiciones ineludibles para la realización del socialismo.

Kropotkin rechazó la teoría de la llamada división del trabajo de la manera más decidida y demostró que esa división no favorece de ningún modo la capacidad de la producción, sino que, al contrario, la obstaculiza.

Olvidando que la producción no es de ninguna manera el objetivo de la vida, sino sólo un medio para hacerla agradable, se llegó necesariamente a la concepción que el hombre existía para la producción, y no la producción para los hombres. En ese sentido era la división del trabajo una importante condición para el sistema capitalista de producción, pero de ninguna manera para el socialismo, que tiene que partir de una concepción enteramente opuesta. Kropotkin predicó por tanto la unidad del trabajo, la ocupación unitaria y variable en lo posible del hombre como base única del socialismo. De la mano de un enorme material de hechos concretos nos muestra que la centralización de las industrias sólo ha sido un fenómeno pasajero de nuestra vida económica, y que justamente el perfeccionamiento de la técnica y la conformación progresiva del proceso productivo de acuerdo a postulados científicos, lleva a una descentralización cada vez mayor de la industria. El impulso a la independencia industrial que ha afectado a todos los pueblos, fomenta ese proceso de una manera insospechada y da así al desarrollo económico de nuestro tiempo una tendencia determinada que se aparta cada vez más claramente de los fenómenos de naturaleza secundaria. Pero la unidad del trabajo exige también una nivelación racional entre la industria y la agricultura, que Kropotkin ha desarrollado en grandes rasgos y de la mano de un rico material para abrir prácticamente el terreno a una solución de ese dificultosísimo problema. Para eso es necesario también una modalidad novísima de toda nuestra educación, que suprima las barreras artificiales entre el trabajo manual y el intelectual y que vea en la pluralidad del saber y del poder individual su objetivo más saliente. Nos hace falta una educación que no sea exclusivamente especializada, siempre especializada, sino que sepa asociar y pueda abrir los puentes hacia las grandes síntesis. Sólo de esa manera puede ser redimido el hombre del yugo de la uniformidad y de la mecanización espiritual y fortificar y desarrollar nuevamente el sentimiento de su personalidad. No la centralización, sino la descentralización, no la división, sino la unidad del trabajo será la solución del futuro. En esa dirección lleva el camino al socialismo.

Kropotkin nos mostró el germen de ese nuevo devenir. Nos mostró cómo en la situación actual de nuestro desenvolvimiento técnico y científico, estaríamos fácilmente en situación de garantizar a cada miembro de la sociedad un bienestar relativo. Y ese reconocimiento le llevó a rechazar todo cálculo de la parte individual en el producto colectivo del trabajo, pues no podría nunca ser justo, y a repudiar el salariado en toda forma. La anarquía y el comunismo son las dos piedras angulares de su socialismo. Y dado que no espera una transformación social más que del seno del pueblo, atribuía a las asociaciones económicas del moderno movimiento obrero una importancia muy grande, pues veía en ellas las verdaderas columnas de un nuevo porvenir.

Lo que perdió el movimiento socialista en general en Kropotkin no se puede apreciar en su magnitud. La pérdida es tanto mayor cuanto que en la generación actual no hay nadie que pueda ocupar en cierta manera su puesto. Justamente en nuestro tiempo en que una vieja civilización corre a su fin y en que pueden advertir ya los primeros débiles síntomas de una nueva cultura social; justamente hoy en que en los dos frentes del mundo socialista ambas soluciones: "¡Aquí capitalismo de Estado! ¡Allí socialismo libertario!", suenan más fuertes que nunca en nuestros oídos, justamente hoy el nombre de Kropotkin obra como el símbolo de una época que vendrá para redimirnos de la maldición de la servidumbre y de la explotación y que nos guiará hacia nuevos horizontes de la vida.

CeDInCI

EMILIO LOPEZ ARANGO

La oposición al marxismo en el movimiento obrero

Sindicalismo y anarquismo

I

La base teórica del anarquismo está en la negación del Estado. Esta premisa es aceptada por todos los adversarios decididos del principio de autoridad. Pero no basta con declarar que los revolucionarios deben emprender, como tarea previa, un ataque tenaz y continuado contra ese órgano de tiranía, al servicio de una clase privilegiada, que encarna y perpetúa a través de los cambios de sistema la esclavitud del obrero y la sumisión del ciudadano a la autoridad de los mandones. El estatismo existe hasta en las formas menos conocidas del concierto económico, porque es causa y efecto de la explotación del hombre por el hombre.

Nos hemos acostumbrado a ver en el Estado una entidad definida, inmutable, sujeta a un determinado concepto civilizador. Suponemos que existe porque existe el capitalismo, que le dió sus bases económicas y su actual conformación jurídica, y que basta con despojar a los capitalistas de sus privilegios para que desaparezca el principio de autoridad que sostiene todo el andamiaje estatal. Es bien sabido que todo cambio en las condiciones económicas de la sociedad modifica la estructura del Estado, pero no por eso desaparece la naturaleza del estatismo.

Existe una relación estrecha entre la capacidad media del pueblo y las formas jurídicas, políticas y sociales del régimen que tolera. Del mismo modo existe un inevitable paralelismo entre la capacidad defensiva del proletariado y la potencia ofensiva del capitalismo. El Estado sufre las variaciones que impone el continuo juego de las revoluciones y de la reacciones, modifica sus aspectos externos debido a la presión de las fuerzas que representan los dos polos opuestos en la dinámica social, se torna más fuerte o más débil según sea el impulso que sigan las corrientes de la opinión popular. Pero los cambios políticos no modifican substancialmente el orden de cosas, ni la situación de los despojados se modifica legalizando el despojo.

Con la democracia se ha fortalecido aun más el principio jurídico del Estado. El obrero se transformó en ciudadano, lo que quiere decir que pasó a ser un engranaje "consciente" de la máquina estatal. Con el socialismo estatista, se busca la conjunción de todos los poderes en una entidad única y absoluta: se reunen en un mismo órgano de dominación la política y la economía, el arte y las ciencias, las ideas y las necesidades. Y, por la influencia de las teorías marxistas, que reducen al hombre a la condición de máquina, el proletariado se asimila todos los prejuicios del ambiente y llega a creer que su felicidad consiste en despojar a los actuales amos de los privilegios que detentan.

Para negar al Estado, hay que negar la ideología marxista. He ahí el fundamento teórico del anarquismo. Pero ¿puede el sindicalismo, que es marxista en economía, aun cuando prescinda de la política y niegue la utilidad del Estado, reclamar para sí la ordenación de la sociedad futura? ¿No es el sindicato un órgano de creación reciente, ligado al factor económico, hijo legítimo del capitalismo, que lleva en su entraña, con la desesperación de los sometidos, el fermento de una nueva injusticia?

Con el simple despojo de los capitalistas no se destruye el capitalismo. Si los obreros mantienen en pie la vieja máquina económica, si conservan los complicados engranajes del industrialismo, si no poseen suficiente capacidad para destruir la organizacin social en sus bases históricas, arribarán después de la revolución al mismo punto de partida. Del sindicato saldrá el Estado, porque para regularizar la producción y el consumo se necesitan órganos oficiales, cuerpos directores, oficinas técnicas, que poco a poco van asumiendo el papel de los organismos políticos y económicos destruídos por la revolución.

El error clasista no consiste solamente en mantener en pie las actuales instituciones capitalistas, sino también en perpetuarlas bajo otro nombre. Y el sindicalismo, aceptado como sistema económico de futuro, al reclamar el control y la dirección de la economía capitalista después de la revolución, plantea la necesidad del Estado que teóricamente niega, con lo que denuncia su naturaleza autoritaria.

II

Si nosotros encontramos una equivalencia de conclusiones político-económicas en la doctrina de los partidos marxistas y de los sindicatos obreros que giran en torno a la influencia de la social-democracia, es ateniéndonos a lo que unos y otros realizan en el presente y a lo que proyectan para el futuro. Pero eso no quiere decir que confundamos el sindicalismo con la simple organización corporativa. Los partidos son fuerzas políticas que elaboran en la realidad mezquinas perspectivas: son instrumentos de dominación en manos de un grupo de ambiciosos. En cambio, los sindicatos que siguen una trayectoria independiente de las preocupaciones estatistas, representan un permanente fermento de revolución, precisamente porque al actuar en la esfera económica vense obligados a seguir el curso de las repetidas crisis del capitalismo.

La constatación de que el sindicato obrero ofrece un amplio campo a la propaganda revolucionaria, de que es un medio precioso para ejercitar en la lucha a los trabajadores, de que reune en sí los mejores elementos para oponer una seria resistencia al capitalismo y al Estado, no debe llevarnos al extremo de considerarlo como una teoría social independiente de las diversas tendencias sociales. El sindicalismo no es un cuerpo de doctrinas hechas: no se basta a sí mismo, como pretenden hacernos creer los sindicalistas puros. Podrá ofrecer posibilidades revolucionarias como continente de fuerzas que responden al imperativo de las necesidades; pero el contenido carece de homogeneidad ideológica y está expuesto a dispersarse a la primera contingencia grave que origine un choque de opiniones.

Es necesario tener muy en cuenta la relación que existe entre el movimiento obrero y el desarrollo del capitalismo. Los sindicatos modifican su táctica a medida que las industrias se desarrollan y crece el poder de los grandes grupos financieros. La trustificación crea una modalidad "trustista" en el sindicalismo, que es aceptada por los teóricos de la lucha de clases como necesaria para defender las conquistas del asalariado. Y ese fenómeno demuestra que el sindicato, más que determinante de una táctica de lucha, está determinado por la evolución del capitalismo.

¿Cómo, pues, existiendo un desarrollo paralelo entre el industrialismo y las organizaciones obreras basadas en el tipo industrial — lo que implica una sujeción del salario a las necesidades de cada hora y consecuentemente a las crisis periódicas del capitalismo —, pueden los sindicatos operar por sí mismos una revolución ampliamente social? De un movimiento revolucionario puede surgir un cambio de dirección en la economía capitalista, transformándose los sindicatos obreros en órganos de control de las industrias expropiadas a los actuales detentadores; mas existe el peligro de que el sindicalismo, conformado a las necesidades y al artificio de la civilización burguesa, mantenga en pie la máquina política del Estado.

No hacemos suposiciones. Basamos esa posibilidad en los hechos y en las teorías que formulan algunos anarquistas ilusionados por el revolucionarismo sindicalista. Por ello decimos que es temerario atribuir a un órgano de defensa conformado a los hechos y a las necesidades presentes, funciones post-revolucionarias. El sindicalismo nació con el capitalismo — como los partidos políticos son retoños del Estado — y deberá desaparecer con él. De lo contrario, la herencia capitalista será adquirida por una casta de elegidos salida de la clase obrera, de la misma manera que la burguesía heredó los privilegios de los señores feudales y de los nobles vencidos por la revolución del siglo pasado.

No quiere decir esto que neguemos valores revolucionarios al sindicato. Lo que no admitimos es la función histórica que le atribuyen los sindicalistas llamados puros y los anarquistas partidarios de la neutralidad, porque entendemos que la organización de la vida en el comunismo debe operarse rompiendo el círculo de hierro de las industrias, esto es, volviendo a las fuentes de la comunidad, cuya expresión no es posible encontrarla en las modernas Babeles capitalistas.

Una revolución puede surgir del juego de los acontecimientos, en un momento de crisis como la que convulsionó a Europa después de la gran guerra. Suponiendo que las fuerzas más activas estén en los sindicatos y que la iniciativa corresponda a los trabajadores organizados y no a un partido político de avanzada (como el bolcheviqui, por ejemplo) ¿quedaría por eso asegurado el triunfo de la clase trabajadora? Se dice que los sindicatos pueden realizar esa misión. Pero hay que tener en cuenta que en el movimiento obrero actúan fuerzas divergentes en cuanto a la interpretación del hecho revolucionario y que no basta la "realidad económica" para determinar un cambio fundamental en el sistema capitalista.

He ahí por qué consideramos al sindicato como un instrumento de lucha en la sociedad actual, pero sin suficientes elementos doctrinarios para organizar la vida después de la revolución.

III

No existe una doctrina del movimiento obrero independiente de las tendencias políticas, religiosas, morales y económicas que toman al hombre como materia de juicio para justificar o negar la razón de ser de los privilegios sociales, de la autoridad, del Estado, de la burguesía. Existe el móvil material, la necesidad de luchar por el mendrugo, y esa lucha está sujeta a diversas y antagónicas interpretaciones.

El sindicalismo puro, pese al culto que rinden sus partidarios a todas las premisas revolucionarias, es un conjunto de teorías negativas. Históricamente los sindicatos siguen el camino que marcan los hitos del progreso industrial. En el presente no realizan otra tarea que la de procurar un mejoramiento en las condiciones materiales del proletariado, prescindiendo de ahondar el problema ético, porque de hacerlo plantearían la tan temida divergencia de opiniones, de sentimientos, de ideologías. ¿Sobre qué base, pues, pueden los sindicalistas operar la transformación radical del sistema capitalista, si sólo poseen un método económico de la técnica industrial, un programa orgánico que repite bajo otro aspecto los viejos programas liberales y reformistas?

Para comprender el absurdo en que caen los anarquistas que limitan la revolución a un cambio de papeles en la tragedia del mundo, es menester intentar substraerse al espejismo de la civilización capitalista y atisbar en la historia el acontecimiento que más identifique al individuo con la naturaleza. Acostumbrados a ajustar nuestros gustos a las necesidades de ahora, enamorados del progreso material que hace la vida agradable cuando se logra una parte de sus beneficios, siendo como somos hijos de esta civilización de hierro, no interpretamos la vida fuera del marco que nos estrecha y aprisiona cada vez más en el precinto de acero de las ciudades industriales. De ahí esa ideología del economismo burgués, adornada con abstracciones por los políticos marxistas, que mediatiza la acción del proletariado a intereses inmediatos y subordina el proceso de la revolución al crecimiento de las industrias, al juego de las finanzas y a la capacidad productora de un sistema social basado en el despilfarro y en la falta de equidad distributiva.

El industrialismo es la exageración de las necesidades, porque las industrias más productivas están al servicio del lujo, de la ociosidad, del sensualismo y de la guerra. Y debido a la creencia de que todo progreso es útil — porque proporciona pan a los hambrientos y goce a los que mueren de hastío y de gula —, los trabajadores persiguen la quimera de llegar a dirigir la máquina que los tritura alimentando el oculto y vengativo deseo de arrojar entre los engranajes del monstruo a los actuales detentadores del privilegio.

La mentalidad media del obrero admite como natural ese cambio de funciones en la máquina económica. El sindicalismo se industrializa, esto es, sigue paso a paso el crecimiento de las industrias, se asimila las necesidades que crea la burguesía ociosa, busca armas en el capitalismo para preparar la revolución. Pero los trabajadores conservan lo que contribuyen a elaborar: creen que sus tareas son imprescindibles, aun cuando trabajen en los astilleros y en los arsenales de guerra, se dediquen a levantar presidios, pierdan la salud manipulando metales que sirven para adornar a los amos.

Si el obrero moderno se desarraiga de la tierra, si se torna cada vez más esclavo del sistema industrial, si no concibe otra solución que la señalada por el marxismo, ¿qué valores revolucionarios puede ofrecernos el sindicalismo? He ahí el problema que nos toca resolver a los anarquistas.

A la realidad económica y a las preocupaciones materialistas que predominan en el movimiento obrero, debemos oponer una concepción revolucionaria. ¿Cómo? Reaccionando contra la influencia del ambiente, combatiendo los prejuicios de clase, demostrando que el hombre debe comenzar por libertarse de la cadena de las llamadas necesidades. Hay una sola necesidad — la de vivir — y esa necesidad debe estar controlada por el cerebro. El artificio de la civilización hace a todos los hombres esclavos de apetitos bestiales: el privilegiado no está satisfecho de su glotonería y el hambriento envidia a los que revientan de hartos.

La fuente más pura de la ideología anarquista está en el comunalismo. Pero de esto ya se olvidaron la mayoría de los revolucionarios. Ahora se habla de comunismo, pero sin tratar de descubrir la base histórica de la comunidad. Los políticos bolcheviquis son comunistas en teoría. Los sindicalistas nos ofrecen la receta del comunismo industrial. Para los primeros, el Estado es el centro de gravedad de una absurda organización de privilegios y de castas, donde el hombre pierde todo contacto con la naturaleza y se transforma en simple engranaje de la máquina económica, cuya dirección pasa a manos de una minoría elegida. Para los segundos, la organización centralizada de todas las industrias constituye la panacea del comunismo desnaturalizado; y el obrero es un rodaje de la complicada máquina dirigida por las oficinas técnicas de la industria.

¿Dónde, pues, encontraremos hoy la expresión de ese comunismo tan mentado y tan ignorado? En el campo únicamente. El ruralismo ofrece más posibilidades comunistas que la ciudad industrializada. La vida en los campos está libre de las preocupaciones que hacen del obrero un esclavo del régimen capitalista. Y sólo hace falta inculcar en los parias del terruño ideales de superación: el espíritu libertario que animó a los primeros propagandistas del anarquismo.

Para nosotros la conquista del comunismo sólo es posible destruyendo la máquina económica montada por la burguesía. El sindicato no puede realizar esa misión, porque es un producto del desarrollo industrial, el efecto y no la causa de la explotación capitalista. Para que lleguen los trabajadores a emprender esa labor destructora, es necesario que posean un ideal creador: que cuenten con elementos de juicio para operar la transformación social que anhelamos los anarquistas.

Es necesario, pues, que la propaganda de los anarquistas, en el sindicato, oriente la acción del proletariado de acuerdo con la ideología comunista anárquica. Y para ello hay que comenzar por combatir las ilusiones de los trabajadores que creen conquistar su felicidad convirtiéndose en amos, por el despojo de los capitalistas, pero conservando, junto con el espíritu del capitalismo, el sistema económico que esclaviza a los hombres.

IV

En las luchas del proletariado se manifiestan tres procesos distintos: reforma, revolución, conservación. Equivalen por lo tanto a diferentes modalidades del movimiento obrero, que interpretan otras tantas ideologías de la llamada lucha de clases.

De lo pretérito se nutren los ideólogos del marxismo. Los partidos socialistas buscan la reforma del régimen social, por la conservación del Estado y de la máquina económica montada por el capitalismo. No existe, pues, un móvil revolucionario en la tendencia "materialista histórica", porque la historia está sujeta a un método cronológico que traslada al presente, como otros tantos hechos repetidos, los contradictorios hechos del pasado. He ahí resumida toda la teoría "revolucionaria" de Marx y de sus discípulos y continuadores.

Cuando los sindicalistas puros erigen el sindicato en el último hito de la historia — cuando pretenden cerrar el proceso social en ese eslabón económico — quizás sin quererlo aceptan las conclusiones materialistas del marxismo. Se valen del método histórico de Marx para explicarse el proceso de las sociedades humanas y con lo pretérito pretenden elaborar una teoría para el futuro.

No es posible eludir esta cuestión. La reforma política no altera el orden de los factores materiales que determinan la esclavitud económica del ciudadano libre... Pero hay que tener también en cuenta que el reformismo no se expresa únicamente en las formas del poder — en los cambios que sufre la estructura jurídica del Estado—, sino que también tiene manifestaciones conocidas en el traspaso de las riquezas y de los privilegios detentados por una minoría. Los señores feudales y la nobleza propietaria se vieron obligados a dar cabida en su mesa a la clase burguesa, adueñada del poder político. La revolución del siglo XVIII dió un golpe de muerte al feudalismo. Mas el problema social quedó en pie con ese traspaso de poderes y de títulos de propiedad. ¿Podría el proletariado, mediante un acto de fuerza que le diera el control de la máquina capitalista, eliminar de un golpe todas las diferencias de clase y de casta? ¿No sería más probable que, aplicando el método histórico de los marxistas, creara en su seno nuevos privilegiados y nuevos gobernantes, que serían precisamente los jefes políticos o los funcionarios sindicales?

Cuando hablamos del sindicalismo puro, queremos significar la subordinación a los hechos materiales de esa tendencia anti-ideológica, subordinación que aceptan no pocos anarquistas. El sindicato neutro, esto es, que no tiene en cuenta otra cosa que la lucha de clases, depende del proceso que sigue el capitalismo. Orgánicamente es una caricatura de las organizaciones industriales. Su fuerza está en relación con la potencia ofensiva del capital, y sólo es fuerte cuando se debilita la burguesía.

Los marxistas, de acuerdo con la llamada ciencia histórica, consideran factible la conquista del poder político, ya sea por efecto de una conmoción popular o ya empleando el arma del sufragio. Creen posible llegar a la democracia conservando la organización económica presente, porque confían al Estado la tarea de controlar el desenvolvimiento de la sociedad reformada.

Se dirá que el sindicalismo es revolucionario, puesto que persigue como fin la destrucción del Estado. Lo es desde un punto de vista negativo. El Estado es una entidad jurídica que estatuye normas a la vida del hombre. Y el fundamento del estatismo no está en la política abstracta, sino que tiene su realidad material en el concierto económico. Si los sindicalistas niegan la necesidad del Estado y al mismo tiempo confían a los sindicatos obreros la misión de organizar la vida social al día siguiente de la revolución — lo que implica tanto como seguir manteniendo en funciones la máquina económica —, ¿no sientan de hecho las bases de un sistema ligado a sus intereses de clase y por lo mismo con fuerza de ejecución, con leyes, autoridad y privilegios?

Es peligroso atribuir a los sindicatos funciones post-revolucionarias. Tan peligroso como confiar al partido político, al soviet o a la asamblea constituyente la tarea de organizar la vida durante o después de la revolución.

Para valorizar la acción del proletariado los anarquistas debemos llevar a los sindicatos nuestras ideas. La beligerancia del anarquismo en el movimiento obrero servirá para contrarrestar el dominio de los políticos marxistas y, lo que es más importante, para destruir en la mente de los obreros la creencia en las fórmulas socialistas, bolcheviquis y sindicalistas, que se equivalen en un mismo absurdo histórico: la conservación del régimen capitalista empleando un método subversivo que elude el fondo del problema humano, puesto que deja en pie las causas originarias de la esclavitud del hombre — el Estado político o su sucedáneo el Estado económico de los sindicalistas neutros.

MAX NETTLAU:

Los comienzos del comunismo anárquico

Desde el comienzo de 1876 se manifiestan las primeras expresiones del *anarquismo comunista*. Este no estaba de ningún modo excluído por la reivindicación proclamada hasta entonces del producto íntegro del trabajo, porque no se entendía con ello el cálculo minuciosamente correcto del valor del trabajo de cada uno, sino sólo la ausencia de toda disminución del producto del trabajo por parásitos violentos, los capitalistas y el Estado. En la Internacional colectivista no se discutió de antemano cómo habría de distribuir una asociación el fruto del trabajo, según la labor de cada uno o según sus necesidades.

Pero aquí y allí se formó el sentimiento de que toda medida del valor del trabajo individual era imposible y por tanto que todo ensayo en ese sentido era un acto arbitrario, autoritario; en una palabra, sólo la necesidad de cada uno debía ser determinante.

Eso parece haber ocurrido primeramente en un ambiente que no era militante en el terreno sindical o revolucionario, como el de los jurasianos y el de los españoles; que trataba de estar teóricamente en el nivel más extremo; que poseía un orgullo obrero especialmente desarrollado, reconociendo sólo *travailleurs manuels* (trabajadores manuales), como en el congreso de 1873 ya, y que, compuesto parcialmente de lyoneses, estaba en una cierta alianza sentimental con el serio y cavilante comunismo lyonés de los años 1830-40, 1840-50. Me refiero al grupo ginebrino *L'Avenir*. Según la comunicación verbal de Perrare (1910) se realizó esa evolución alrededor de 1872 en el curso de las discusiones de unos pocos del grupo, principalmente de él y de Dumartheray; T. Colonna (de Marsella) se adhirió a todo lo que hicieron; a los demás los consideraba como secundarios. Más tarde se adhirió a ellos Jules Montels, calificado de ex-blanquista y que fué largos años secretario de la sección propaganda (1).

Esa pequeña sección editó a comienzos de 1876, en ocasión de las elecciones francesas, cuatro o cinco (2) folletos abstencionistas en pequeño formato: Adrien Perrare, *Aux Travailleurs manuels Lyonnais*, (14 págs. 32º); del mismo, *Encore un souffelt aux Lyonnais* (8 págs. 8º.); T. Colonna, *Aux Travailleurs Manuels de la France* (fechada el 29 de enero de 1876; 14 págs. 32º.) y Francois Dumartheray, *Aux Travailleurs manuels partisans de l'action politique* (16 págs. en 32º.) (3).

En este último escrito se lee en la página 13: ..."el grupo publicará próximamente un folleto sobre el *comunisme anarchiste*, y esperamos disponer allí de más tiempo para poder dar una definición exacta de lo que entendemos por *comunismo anárquico*". Anteriormente se había dicho: ..."Queremos la no propiedad de todo lo que existe y la libertad de la mujer por la asociación libre; el niño es libre de ambas partes. En una palabra, no queremos para esa libertad más que un límite allí donde perturba la libertad ajena; constituiremos una sociedad; pero claro está, si nos agrada quedar solos, está en nuestro indisputable derecho". La expresión *comunisme anarchiste* es empleada con frecuencia, pero ese folleto especial explicativo no apareció nunca por falta de medios y no se sabe si fué escrito.

Por raro que sea ese folleto de Dumartheray, sobre el cual llamé la atención en la *Bibliographie de l'Anarchie*, 1897, página 56, entonces en el ambiente suizo y entre los prófugos era de seguro bastante conocido e hizo frente además a ciertas corrientes anticomunistas de aquella época. Todo eso hizo que en el gran mitin auspiciado por la sección de Berna (Brousse) el 8 de febrero y en la conferencia de Lausana del 18 y 19 de marzo de 1876 fuesen debatidos esos problemas. Por desgracia el informe prometido no apareció (véase *L'Int.*, IV, págs. 7-8, 10). Estuvieron allí Guillaume, Brousse, Eliseo Reclus, Lefrançais, Joukovski, Perrare, Schwitzguebel y muchos otros, casualmente también A. Ross, que poco después cayó preso en la frontera rusa (*L'Int.*, IV, pág. 8, nota).

Eliseo Reclus pronunció allí un brillante discurso, que propiamente significa su primera aparición pública ante un gran círculo internacionalista, en el cual, como me dijo Joukovski, explicó y se declaró por el *anarquismo comunista*. Por desgracia el texto no se conservó. La situación ha debido ser ésta más o menos: los vastos círculos de los internacionalistas y de los fugitivos de la Commune no conocían la verdadera posición de Reclus y estaban intrigados por saber si se declararía por el punto de vista comunalista o por el punto de vista anarquista. Como sus amigos íntimos sabían de antemano, hizo lo último. Esa fué en verdad la primera exposición pública de esa idea por una personalidad ampliamente conocida, desde los días de Bakunin.

El anarquismo de Reclus, como el de Bakunin, es el desarrollo de aptitudes tempranamente despertadas en él y llegadas a una elaboración especial. Una prueba completa de ello nos la da ahora el manuscrito fechado *Montauban*, 1851, *Développement de la liberté dans le Monde* (4), en el que se lee ya: ..."Nuestro objetivo político... es, pues, la abolición en todo pueblo de los privilegios aristocráticos y la fusión de todos los pueblos en el mundo entero. Nuestro destino es la consecución del estado de perfección ideal en el que las naciones no necesitarán estar bajo la tutela de un gobierno o de otra nación; es decir, la ausencia de gobierno, la anarquía, la suprema expresión del orden. Aquellos que no creen que el mundo puede existir sin tutela, no creen en el progreso y son retrógrados..."

Después de esas palabras y del discurso de Berna de 1868 nadie dudará del viejo anarquismo de Eliseo Reclus, que para él personalmente, con igual seguridad, era siempre un anarquismo que aspiraba a la mayor libertad imaginable, es decir comunista, pero que, también, apoyado en todo su temperamento y en su extraordinaria gran visión del mundo, condicionada por sus intensos estudios, era amplio, comprensivo, tolerante y no sectario. En todos los movimientos hay, por desdicha, dos especies de gentes — aquellas que por un matiz, pasando por alto algo más, distinto de su concepción, odian a uno hasta la muerte y tratan de aniquilarlo, y aquellas que se alegran de que en el dominio favorito para ellos haya diversidad de interpretación, con lo cual la perspectiva de que alguna de ellas se aproxime a la verdad, es agrandada. Reclus, por mucho que dependiera de su propia convicción, pertenecía sin embargo al último tipo. Muchos, muy buenos anarquistas pertenecen al primero, en gran daño de nuestra causa. El perdido discurso de Lausana del 19 de marzo de 1876, no ha defendido seguramente el anarquismo comunista de modo que el anarquismo colectivista fuera en lo sucesivo considerado un viejo cachivache, — una concepción unilateral que surgió tan sólo mucho después. Por ejemplo, P. Kropotkin dijo todavía en octubre de 1879, en sus tesis presentadas al congreso del Jura, que los anarquistas querían "el comunismo anarquista como finalidad con el colectivismo como forma transitoria de la propiedad...", y tan sólo en 1880 se renunció por completo al colectivismo.

A la reunión de Lausana habían enviado Joseph Favre y Benoit Malon desde Lugano una larga comunicación (5). El retroceso de Malon no interesa aquí, ni tampoco las réplicas de Guillaume, que se basan en personal animosidad (*L'Int.*, IV, págs. 14-17). Pero en el *Bulletin* del 14 de mayo escribió P. R. (6) contra el punto de vista de Malon que los productos del trabajo debían pertenecer a los productores, que en su carácter improductivo era inofensivo que tales productos fueran considerados como instrumentos de trabajo, pues por ellos pueden obtenerse nuevamente otros productos, disfrutes o conocimientos — una interpretación sutil que quita al individuo el bocado de la boca. Pero ese P. R. sostiene luego que se ha de ser tan racional como para "disfrutar en común del fruto de sus trabajos" (*de jouir en commun du fruit de leurs travaux*). Esta es la única aproximación de un colaborador del *Bulletin* al comunismo. Del folleto de Dumartheray no tomó Guillaume, que ciertamente en 1873 en el congreso tuvo que irritarse bastante por el no pequeño egoísmo o el sentir propio de las gentes del *Avenir*, ninguna noticia. En las *Idées*, agosto de 1876, sin embargo, introdujo en el capítulo XIII el prudente pasaje que presenta alguna medida del producto del trabajo del individuo como objetivo próximo y el libre disfrute como objetivo a aspirar y accesible con la abundancia de la producción. Se puede decir que este problema descansó en el Jura hasta el año 1879, al menos que ni Guillaume, ni Brousse ni Kropotkin lo tocaron; tampoco fué tratado entonces por las publicaciones de Ginebra y por Reclus.

Desde que en agosto de 1875, después del proceso de Trani, recuperó Malatesta su libertad, actuó de nuevo en Nápoles, tras su viaje a casa de Cafiero y Bakunín; una conferencia en Roma, en marzo de 1876, tuvo ya grandes proporciones. La vieja comisión de correspondencia de Florencia se manifestó otra vez, Costa fué absuelto en junio y desde entonces se trabajó desde Romaña hasta que el congreso italiano de Florencia en el mes de octubre fué cosa resuelta. Desde julio a octubre aproximadamente habitaron Malatesta, Cafiero y su joven amigo Emilio Covelli (7) en Nápoles y llegaron allí, como me contó Malatesta, en sus paseos al borde del mar, en el curso de sus discusiones, a la formulación del *anarquismo comunista*.

Hay que dudar mucho que les fuera conocido el folleto de Dumartheray. No sé tampoco si Covelli, cuyo pensamiento económico es muy alabado, dió un impulso; también podría haber influído en esa solución un cierto rigorismo místico de Cafiero en aquel tiempo. Pues a Malatesta me lo represento más animado por el deseo de la acción que por pensamientos teóricos. En una palabra, se creyó ver — tal vez también prevenidos por la conducta de De Paepe y en particular de Malon, que daba cada vez más que hacer en Italia —, que las medidas del producto del trabajo exigían regulaciones, y que los débiles estarían perjudicados por las mayores necesidades, lo que volvería a significar desigualdad y explotación. Por eso el producto del trabajo debía ser propiedad común utilizable por todos según sus necesidades.

Ahora bien, Andrea Costa, después de su desviación, escribió en una larga apología polémica: *Ai miei Amici ed ai miei Avversari* (Imola, 15 Septiembre, 1881, 4 págs. fol.): "...el primero de los italianos que habló abiertamente del *comunismo anárquico*, fuí yo, en 1876, sosteniendo que no sólo debían pertenecer a la comunidad las materias primas y los medios de trabajo, sino también los productos del trabajo, y repetí eso en 1877 en los congresos de Verviers y de Gante, con no poco escándalo de españoles y jurasianos"... Costa fué arrestado antes del comienzo del congreso de Florencia; es muy probable que en los cuatro meses escasos anteriores se entendió íntimamente con los mencionados en Nápoles, por carta o también por medio de viajes y que conoció, aprobó y estimuló la intención de presentar al congreso ese asunto. Pero por lo demás, no se puede decidir si su pretensión de prioridad está fundada — pudo en realidad, pues habló y escribió mucho, haber hablado primero públicamente del anarquismo comunista antes de octubre de 1876, lo que los demás no afirman de sí mismos (8).

El congreso de Florencia, policialmente obstaculizado, se celebró el 21 y 22 de octubre en una aldea y en dos lugares en los bosques; un protocolo no apareció, y no sé siquiera si *Il Martello* pudo publicar el texto de las resoluciones. Pero la *Arbeiter Zeitung* alemana (Berna, 28 de octubre) escribió: "...un hecho importante es la adopción por el socialismo italiano de la comunidad del producto del trabajo, mientras que hasta ahora sólo aceptó la posesión común de los instrumentos de trabajo". Una carta de Cafiero y Malatesta en el *Bulletin* (3 de diciembre de 1876) declara: "...La Federación italiana considera la propiedad colectiva de los productos del trabajo como complemento necesario del programa colectivista, pues el concurso de todos para la satisfacción de las necesidades de cada uno es el único modo de la producción y del consumo correspondiente al principio de la solidaridad..."

Según el *Martello* de Jesi, órgano de la Federación de Umbría y de las Marcas, editado por N. Papini, 17 de noviembre de 1876, e informaciones de F. Serantoni, en 1908, publicó L. Fabbri (*Pensiero e Volontà*, 16 de mayo de 1925) algunos detalles sobre el congreso, pero no el texto de las resoluciones. Las firmas de una protesta contra los arrestos (Costa, Natta, Grassi, entre otros) muestran como congresales a Covelli, a Francisco Pezzi, a N. Papini, a A. Pistolesi, a F. Serantoni y a una serie de elementos menos conocidos.

Pero lo poco que esa resolución quería marcar la evolución ulterior nos lo muestra un discurso de Malatesta en el congreso de Berna (28 de octubre, C.—r., págs. 98-99): ..."Pero cómo se reorganizará después la sociedad? No lo sabemos y no lo podemos saber. También nosotros nos hemos ocupado ciertamente con proyectos de reorganización social, pero sólo les atribuímos una importancia muy relativa. Tienen que ser necesariamente falsos, tal vez hasta por completo fantásticos. No podemos prever la organización de la sociedad futura, porque no tenemos ninguna idea ahora de las necesidades enteramente desconocidas, de las capacidades, de las pasiones, de los nuevos fenómenos que surgirán después; podemos juzgar a los hombres del futuro según los hombres de hoy como los animales de los bosques, más o menos, según las sombras semimuertas que se exponen en los jardines zoológicos"... A pesar de todo se interesa por los diversos programas de reorganización, etc. (En todo eso hay una cierta crítica a las *Idées* de Guillaume, que en verdad parecieron a algunos demasiado programáticas).

El informe del congreso de Berna resumido por L. Fabbri en otro lugar según el *Martello*, 26 de noviembre de 1876, y especialmente el discurso de Malatesta, parecen coincidir por completo con el texto del protocolo del congreso.

Las ideas comunistas libertarias correspondían, pues, en 1876 ante todo, quisiera decirlo, al deseo sentimental y estético de justicia, al deseo de elaborar armónicamente el colectivismo, la propiedad común, de no verle hacer un alto ante el reparto de los productos. Ese desec no significaba la exclusividad y la inmediatividad de ese principio. Guillaume consideraba el comunismo dependiente de la abundancia, y Malatesta, una semana después del congreso de Florencia, no ponderó el comunismo, sino que habló de la manera mencionada, que justamente para Guillaume, por lo demás uno de los más razonables, debía ser una advertencia.

Cuando hablé en 1904 con James Guillaume, me señaló el artículo de Kropotkin en el *Bulletin*, 29 de julio de 1877 (pág. 1, Sp. 2), donde éste habla del "producto integral del trabajo" y sostiene que la ciencia no podía predecir qué tiempo habría diez día más tarde — ¿cómo había de predecir la organización de la sociedad futura? — Guillaume dijo del modo más resuelto que entonces todos se sentían comunistas (propiedad colectiva); cómo se repartirían los productos, eso era una cuestión por sí misma de que no se ocuparon. No se proclamaba el libre derecho de disfrute como *única* manera de reparto, sino que se dejaba el problema sin solución (9). El "producto integral del trabajo" no significaba la medida del valor del esfuerzo individual, sino sólo que en general no se produce ninguna deducción en favor de los explotadores.

Guillaume dijo una vez (16 de febrero de 1904) resumiendo: en 1872 en Saint Imier se quería formar una Internacional anarquista — Guillaume no lo quiso. Bakunin lo quería también, pero vió ya en Saint Imier que la cosa no marchaba. Por consiguiente los italianos en las resoluciones de Bolonia, 1873, fueron más razonables, doblegándose a la realidad, influenciados por Bakunin en ese sentido, y confesaron en Ginebra, en 1873, que la Internacional se compone de Federaciones con distintos programas: esa *libertad teórica*, que quería Guillaume, triunfó en Ginebra. Bakunin, sostenía, quería hacer de la Internacional un instrumento para el programa de la Alianza; en el Jura no se quería eso; los demás tenían el mismo derecho en la Internacional que nosotros; el programa de la Alianza era sólo nuestro programa personal.

Todo esto muestra bien que en 1876 al menos el *anarquismo comunista* no suplantaba a un colectivismo anticuado, sino que apareció como una especialización prácticamente bastante superflua, fué introducido sin esfuerzo en los vastos cuadros del colectivismo. Pasaron todavía cuatro años, hasta que realmente en 1880 los viejos cuadros fueran rechazados y se proclamó la solución comunista directa y unilateralmente. En los próximos capítulos se hablará de esto; quisiera decir aquí, ya que eso significó la muerte de la Internacional, que desde 1864 a 1872 estuvo abierta a *todas* las tendencias y nuevamente desde 1873, Ginebra, hasta que luego en octubre de 1880 ocupó el partido del anarquismo comunista el puesto que en otra parte tuvo el partido del marxismo y demás. El que cree poseer una solución unilateral para desconocidos problemas del futuro, es siempre partido. Marx quiso hacer de la Internacional un partido — Bakunin y Guillaume lo impidieron. Bakunin pensó hacer lo mismo — Guillaume lo impidió. Guillaume se mantuvo así hasta 1878, cuando se retiró, y después de él otros jurasianos. Pero Kropotkin, Cafiero, también Reclus no encontraron en 1880 ninguna firme resistencia, y desde allí fué el anarquismo comunista la solución y — por mucho que yo me haya alegrado de ello durante muchos años, lo considero hace tiempo como un funesto estrechamiento de la corriente de la evolución anarquista que fluyó ampliamente desde el colectivismo de 1868.

Hubo en 1880 un distanciamiento de la realidad. No inmediatamente, sino poco después surgió el concepto que sólo la transición repentina al comunismo libre era anarquía, que toda, absolutamente toda otra interpretación del anarquismo era anticuada, que contenía gérmenes reaccionarios, etc. y en general esa interpretación persiste aún y experimentó diversas otras especializaciones en tanto que justamente los anarquistas que no reconocen ninguna especie de medida del libre disfrute presenta más o menos en organización, en individualismo y en otras cosas por el estilo una cantidad de variantes cerradas y las defienden hasta el extremo. Así se descompone ya ese anarquismo comunistamente especializado en nuevas variantes, que se menosprecian entre sí todo lo posible. No sé, por ejemplo, si un legítimo individualista italiano consideraría el vivir con Malatesta en una sociedad futura como un mal menor al de vivir en la actual con Mussolini o los sucesores de Lenin, y así ocurre casi en todas partes. Hubo también algunos que pensaban diversamente; como Voltairine de Creyre, Ricardo Mella y otros, y tal vez la concepción al respecto va en aumento (10).

En la Internacional de 1864 las ideas colectivistas, a causa de su valor interno, que superaron al proudhonismo unilateral, ocuparon del modo más natural el primer puesto y los ensayos de dominación de los marxistas, de los blanquistas y de los políticos fueron derrotados. ¿Había que suprimir ese amplio y libre cuadro en favor de una teoría precisa especial, brillantemente defendida, que, puesto que se trata del porvenir, sólo es una hipótesis entre otras hipótesis? ¿Tenía que ser así? Para mí está en eso la tragedia del anarquismo moderno.

---

(1) *En ese ambiente actuaba también una mujer, Victorine Malenfant, combatiente de la Commune (v. sus* Souvenirs d'une morte vivante, *París*, 1909)*, entonces señora V. Rouchy, más tarde la mujer de Gustave Brocher. Un cuaderno de planes de conferencias suyas de entonces, sin fecha, que recibí de Gustave Brocher, contiene el siguiente pasaje, que es una de las primeras manifestaciones del nuevo comunismo anarquista: ..."Todo miembro que cumple con el deber colectivo, tiene el derecho a disfrutar según sus necesidades y aptitudes. Como nadie puede absorber las necesidades de todos, cada cual tomará la parte de dicha o de disfrute que puede emplear. Como así el bienestar, hasta la dicha son accesibles a todos, la envidia no puede crear nunca el crimen y el robo. Pues el hombre no nace ladrón, como no nace rey o zapatero, es lo que la sociedad hace de él. ¿Se le ocurre a alguien, por ejemplo, robar agua? No, porque el agua está en el dominio de todos y nadie utiliza más de lo necesario para privar de ella al prójimo. Por eso debe ser ilimitada la autonomía del ser humano en la colectividad.*

"Todo miembro debe producir para consumir, consumir para producir.

"Las colectividades se forman según corporaciones de oficio o uniones de industrias afines, que se agrupan en secciones, éstas en distritos y se federan por toda la superficie del planeta.

"Un contrato social será nuestro único lazo general. Toda colectividad posee sus instrumentos de trabajo.

"Como la tierra no pertenece a nadie, la tendrá el campesino en posesión mientras la cultive. Los productos de la tierra serán accesibles a todos. Y el campesino tendrá el derecho a disfrutar de los productos de todos según sus necesidades". Véase también L'Int., *IV, pág.* 206.

(2) *Según se cuente también el folleto de Jules Montels,* Lettres aux socialistes révolutionnaires du Midi de la France, *pero que figura como aparecido en la editorial de la* Revue socialiste *(de 1874) —* 1876, 14 *págs.* 32°.

(3) *Mencionado en la* Economie sociale *de Bruselas, 4 de marzo de 1876, donde se dice de Dumartheray que se declara por el* communisme anarchiste. *"De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades".*

(4) *El manuscrito entregado en su tiempo a la señora Clara Mesnil por la señora L. Dumesnil, fué copiado a máquina en algunos ejemplares por Jacques Mesnil; una de esas copias pude utilizarla y analizarla en mi libro sobre Reclus escrito en 1925, todavía inédito. Desde entonces se imprimió en* Le Libertaire *(París), 28 de agosto—2 octubre 1925; en italiano en* Pensiero e Volontà *(Roma),* 1 *de octubre de* 1925; *en español en el* Suplemento de LA PROTESTA *(Buenos*

Aires), 19 de octubre a 16 de noviembre de 1925. El año 1849, después de la revolución húngara, sería la más temprana fecha posible de este texto, sino el otoño de 1851 en Montauban.

(5) Lettre adressée au Meeting de l'Internationale réuni a Lausanne *el 18 demarzo de* 1876 *(Ginebra,* 1876, 12 *págs.* 12°*); también en el* Bulletin, 30 *de abril—7 de mayo de* 1876; L'Int., *IV, págs.* 10-14. *Todo esto pertenece a los vanos ensayos de Malon para valorizarse en un ambiente en el que se había perdido el aprecio a su carácter por graves razones personales.*

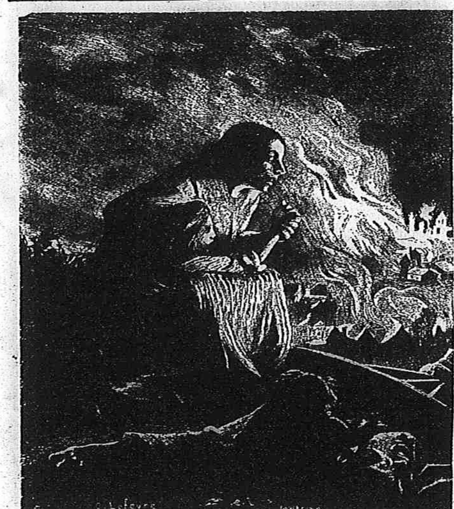
(6) *Se piensa en Paul Robin, pero es extraño que Guillaume, IV, pág. 14, no lo diga. Este pasaje habría que volverlo a examinar.*

(7) *Covelli redactó más tarde* L'Anarchia *(Nápoles), 25 de agosto—6 de octubre de 1877; N°. 8, 21 de octubre, el último, apareció en Florencia; luego* I Malfattori *(Ginebra), 21 de mayo—23 de junio de 1881, cuatro números. Noticias bibliográficas en* Humanitas *(Nápoles), 9 de agosto de 1887, y, por Graciato Francia, en* Il Pensiero *(Roma), 10 de noviembre de 1903.*

(8) *Cuando ví hace largo tiempo números del* Martello *(Fabriano, luego Jesi, desde fines de julio de 1876), segunda serie (Bolonia, 4 enero—18 de marzo de 1877, 11 números; el periódico de Costa), no me llamaba la atención todavía este problema, pero no observé de seguro nada extraordinario, como tampoco en la* Anarchia *de Covelli, 1877. Si en la polémica con Costa fué tocado ese punto, no lo sé. Si Costa habló en sus frecuentes mitines en Suiza, de abril a agosto más o menos de 1877, sobre el asunto, ni los periódicos de Guillaume ni los de Brousse informaron al respecto.*

(9) *Cuando anoté esto el 1 de febrero de 1904, escribí: entonces la concepción anterior era más vasta, más tolerante y la evolución hacia el comunismo libre (en el sentido actual), significa una restricción. Para Guillaume, Cafiero, como teórico, era un niño, Kropotkin y hasta Dumartheray habían venido después de él. Malon trataba de introducir una cuña entre los jurasianos y los belgas; considerarlo teórico es simplemente ridículo. Sólo Jules Guesde decayó entonces entre los antiautoritarios y propagó luego el marxismo con el nombre de colectivismo. Si Dumartheray y los lyoneses se rompían la cabeza sobre el modo de distribución, estaba por completo en su naturaleza; corrían por puertas abiertas; se interpretaba la cosa así, sólo que no se hablaba en detalle de ello (30 de enero de 1904). Guillaume escribió al respecto, además de* L'Int., *también en 1910 en* Il Pensiero *y en otros periódicos franceses de entonces. La historia le da completamente la razón. Sostenía (en 1910) que Kropotkin en 1877 coincidía completamente con los jurasianos y tan sólo en Ginebra, en 1879-1880, bajo la influencia de Dumartheray llegó al comunismo, pero que después había olvidado esa etapa primera de su evolución. Intentaré tratar de demostrar la exactitud de eso según los documentos de 1877-1879. Cuando hablé en 1893 con Spichiger, sostenía que del comunismo sólo oyó en el otoño de 1880 por el discurso de Cafiero, por consiguiente no en el período de Brousse-Kropotkin, y menos aún anteriormente.*

(10) *Gigi Damiani escribió en* Fede *(Roma), N°. 116, segunda edición, 9 de mayo de 1926: ..."¿Por qué excluir, pues, que... en aquel tiempo, que no será breve, una solución individualista anarquista no podría favorecer el desenvolvimiento libertario de la transformación social? ¿Y por qué no habrían de convivir ambas soluciones en un tiempo todavía lejano, complementarse y ayudarse en la defensa de la idea fundamental del anarquismo: la libertad completa?..." Prácticamente, por ejemplo, llegó el Dr. Giovanni Rossi (Cardias) después de las experiencias en un intento de colonización en el Brasil sobre la base comunista más libre al resultado expresado en "El Paraná en el siglo XX", del rechazo del comunismo inmediato y a una previa evolución mutualista de la anarquía; (v.* Utopie und Experiment... *reunidos y traducidos por Alfred G. Sanftleben, Zurich, 1897), págs. 267-309. Un artículo mío planteando ese problema, en* Fede, *en el verano de 1926, fué reimpreso por Malatesta en* Pensiero e Volontà, *y Malatesta habló con ese motivo detalladamente y abundando en aclaraciones sobre la vieja evolución ideológica en ese problema. Me referiré a ello en una continuación de este trabajo que describirá las ideas desde 1881.*



LA GUERRA

ARMANDO BORGHI

SEMANA ROJA

REMINISCENCIAS HISTORICAS

¿Historia? ¿Prehistoria?... ¿Fábula?... ¿Leyenda?...

¡Qué perspectiva histórica desde entonces!

¡Qué vorágine para los hombres de mala fe!

Qué orgía de rabagacismo.

En compensación qué avalancha de *confirmaciones* históricas para nuestras *utopías.*

Los años han volado como minutos, los minutos han dejado huellas de siglos. Los hombres han pasado ante el fulgor de la historia entre fuego y ruinas, como bajo una radioscopia inexorable.

Sólo una realidad ha parecido quedar midiendo el tiempo: nuestros años y los de los hombres del tiempo que nos recuerdan o los viejos méritos o las infamias con que se han manchado después.

El mayo de 1914 había pasado lleno de promesas.

Estaba en el aire la palabra gloriosa del agarrotado en España: ¡Germinal!

Se respiraba la revuelta.

El primero de mayo había estado lleno de un nombre: Masetti.

El siete de junio toda la Italia rebelde se levantaba en su nombre y contra el militarismo.

Se recogían los frutos de una guerra de rehenes.

Por Masetti contra las compañías de disciplina. Tal fué la palabra de orden. Que si el asesinato acostumbrado se repitiese aún: huelga general.

Salandra prohibe la demostración pacífica del siete.

Es el síntoma de la provocación en acecho.

En el número posterior a la revuelta escribe *Volontá*, el periódico anarquista de Ancona:

"El 7 de junio es la fiesta patriótica sagrada a los fastos del trono; es la manifestación clamorosa y semicentenaria del militarismo; de ella deben sacar pretextos las gazetas hipócritas para afirmar que el pueblo de Italia adora su monarquía, su rey, sus príncipes y las proezas coloniales del militarismo no obstante las sagradas horcas cirenaicas, de la descupación, de la miseria, del hambre y de toda suerte de males. Era preciso impedir toda afirmación contraria, sofocar la verdad, comprimir el desdén de los ánimos honestos y para eso se podía perfectamente, por undécima vez, desgarrar el Editto que se celebraba, deshaciendo la protesta popular".

Se ha visto luego cómo el Editto famoso, el Statuto, fué sepultado en una cloaca cubierta por la bandera tricolor.

El asesinato ocurrió.

¡Fué en Ancona!

Queremos que hablen los escritos del tiempo y extraemos del periódico citado:

"Carabineros y policías, mientras la gente salía de Villa Rossa, cerraron el paso arriba y abajo sin dejar espacio ni siquiera para salir de lado uno a uno, después las hienas que sirven al rey y vigilan las cajas de la burguesía por unos céntimos, dispararon tiro sobre tiro contra aquella gente encerrada en jaula. Un estrépito siniestro, nutrido, duró algunos minutos... después en el suelo Casaccia Antonio, de 24 años, republicano, y Giambrignoni Attilio, de 22 años, anarquista, muertos de inmediato en el Hospital; y Budini Nello, de 17 años, republicano, muerto al día siguiente en el Hospital; y otros heridos curados en el hospital o en las casas".

No estamos aquí para hacer un opúsculo de historia.

Los militantes jóvenes la conocen por las muchas conmemoraciones. Los viejos por haber participado en la lucha.

Es la gloria de los mártires y la infamia de los Judas la que recordamos.

Porque es necesario recordar.

Porque olvidar es ceder.

Porque ceder es perdonar.

Porque perdonar es traicionar.

Porque traicionar perdonando es incitación a traicionar por el bien.

Porque, cuanto más larga y triste es la hora de la espera, más tenaz es el recuerdo.

Fué una semana de viriles insurrecciones.

Una llamarada de fe y también de fuego real.

Una ola de sublevación libertadora. Síntesis de un quinquenio de una "guerra de masas", inaugurada en Monza el 29 de julio por un atleta de la rebelión individual, cuyo nombre refulgirá en los siglos: Bresci.

No es sólo por curiosidad histórica por lo que quiero poner en evidencia cómo el periódico anarquista a que hemos tomado las citas precedentes, lanzó desde entonces una idea que debía hallar terreno de relativa aplicación seis años más tarde.

Leamos:

"Hemos visto que las masas son sensibles y están dispuestas a la lucha. Hemos visto que la huelga general es óptimo medio para comenzar un movimiento revolucionario, pero que no puede continuar como huelga sin cansar la población y reducirla al hambre; y que por eso la abstención del trabajo debe cambiarse pronto en trabajo hecho a favor de la colectividad, y en organización de la recolección y distribución de los artículos de consumo en beneficio de todos".

Después vino la rendición, que el periódico anarquista recuerda en pocas líneas:

"Durante tres días no se quiso creer en el telegrama de la Confederazione: o era un engaño del gobierno, o si era verdadero era prueba de que la maldita organización reformista traicionaba una vez más y fustigaba, peor que los esbirros, la revolución social".

Vergüenza a los que pasaron a oficiar de Yagos en el campo enemigo.

Pero precisemos también en este advenimiento los límites de la influencia del de Rabagas que está ahora en la cima.

Se ha hablado demasiado de él como del "ex-jefe" de la semana roja. No exageremos.

También entonces era el granuja que no precedía.

La semana roja fué obra del pueblo. Pudo producirse en favor de una situación a que habían contribuído todos los subversivos, poniendo en su favor el descontento producido por la guerra. Participaron en ella, en medida diversa, los elementos activos de los diversos partidos; pero el núcleo de vanguardia que determinó las iniciativas precursoras de donde surgió la conmoción fueron nuestras (que se recuerde el Comitato Nazionale Pro Masetti en Bolonia) y las regiones en donde el movimiento tuvo mayor desarrollo fueron aquellas en que nuestros compañeros tenían mayor influencia.

Mussolini, lo he nombrado, se refugió en Milán. No se movió de allí aunque el centro de la revuelta estuviera en otra parte, y se podía hacer, a pesar de la huelga de los ferroviarios, como han hecho otros para los acuerdos necesarios.

Recuerdo aún al ferroviario Ercole en la vía Emilia, entre Castel San Pietro e Imola, con un modesto cochecito arrastrado por una... víctima política de cuatro patas que lo llevaba a Bolonia por la orden de huelga ferroviaria. Orden que había sido precedida en la línea Imola-Bolonia, obligándolo a... arreglárselas.

Mussolini pudo hacer aparecer que desarrolló una acción especial en la semana roja por el solo hecho de dirigir el único diario socialista que existía entonces en Italia y por sus artículos posteriores a la revuelta. Nada más. El no obró nada, ni siquiera en el sentido moral, lo que no podría decirse de muchos de los nuestros, en primer lugar de Malatesta.

Su gran gesto fué irse a la plaza del Duomo de Milán con un grupo de demostrantes.

He aquí cómo su fiel cronista en el periódico — un alma de siervo imbécil que terminó en el fascismo después de tanto extremismo postbélico: el famoso Bastiani — escribió en la crónica del diez de junio:

"En la plaza del Duomo hay un gran aparato de fuerza. Los huelguistas llegan dispersos. De vía Carlo Alberto llega nuestro director y Filippo Corridoni. Un fuerte número de agentes en traje civil y de carabineros asaltan a Mussolini que cae, mientras los otros policías se le vienen encima. Mussolini se vuelve a poner en pie, mientras se encamina hacia él Filippo Corrodoni, que le dice: vámonos, Mussolini, no vale la pena quedar aquí".

Hay que notar en esas líneas confeccionadas en familia la preocupación por atribuir a Corridoni la propuesta de irse, a consecuencia de algún golpe policial, incomparable con las descargas ciegas y los estragos de filibusteros en camisa negra de algunos años más tarde. Lo cierto es que Mussolini sabía que gozaba y merecía la fama de pusilánime fanfarrón incluso entre sus compañeros del *Avanti!*, mientras tenía la manía de la vanidad de pasar por Sansón. Por eso se ponía bajo la protección de Corridoni.

Por tanto, jefe de nada. Era simplemente un hábil defensor de la intransigencia electoral, supuestamente intransigencia de clase, que en el momento sobre todo valía para impedir a gran parte del proletariado que se libertase de la tutela de los partidos autoritarios. Y fué su política en la semana roja la que va-

lió al partido socialista las victorias electorales administrativas de algunos meses más tarde.

Podremos citar hasta la saciedad la prosa truculenta del tipo en aquellos días.

El diez de junio el cotidiano socialista reproduce estas palabras de Mussolini en la Arena:

"Los nacionalistas y los burgueses, nuestros enemigos, quieren tomarse la revancha. En Roma, protegidos por los esbirros armados, han agredido a los obreros. Algo parecido se prepara en Milán.

"El sábado se hará un mitin en que los nacionalistas se preparan a constituir otra policía peor que aquella de que todos conocemos los métodos salvajes. Que se dé la alarma cuando se aproxime la horda dorada".

¡La horda se aproximó seis años más tarde y fué instigada y provocada por él!

Hay un episodio dominante de la semana roja: el secuestro del Gral. Aliardi.

Su nombre no ha figurado más entre las celebridades monárquicas.

Morra di Lavriano fué elevado a las estrellas.

Bava Beccaris tuvo el "collar".

Celebres y premiadas fueron todas las hienas de la reacción.

El famoso Graziani ha sido colocado bajo los baldaquines de la corte.

De Aliardi no se habló más.

Su fama fué el secuestro de Savio a la puesta en reposo poco después, dispuesta por el rey contra un general que no había querido hacerse benemérito con una masacre. Es sabido en efecto que si Aliardi en el acto en que fué tomado por los revolucionarios no hubiera podido, aunque lo hubiera querido, reaccionar con las armas, pues estaba acompañado sólo por muy pocos graduados, en cambio después, cuando llegó para libertarlo un escuadrón de caballería de Ravena, habría podido provocar un conflicto. Y fué él quien quiso y logró evitarlo yendo al encuentro de los soldados, con el permiso de los rebeldes, para evitar un choque sangriento. ¡No se le perdonó!

Haced la prueba de una comparación entre este general, hombre, y las hienas que se pasaron de las filas proletarias al servicio del canalla reaccionario.

Quisiera hacer gozar un momento de buen humor a los lectores refiriendo un episodio relacionado con el arresto del general Aliardi.

La semana roja fué seguida, se recuerda, de centenares de prisiones de los *rojos*. Se estaban levantando procesones con los lazos por asociación para delinquir, cuando, estallada la guerra mundial, vino la gran "amnistía" de Salandra, que era el preludio de aquella política que tendía ya a la fabricación del interventismo llamado subversivo.

Las prisiones de la Romaña estaban llenas. San Giovanni en Monte, Bolonia, estaba repletísimo de otros romañolos procedentes de las cuatro provincias que dependen de aquella Procura.

Yo me encontré, en aquella óptima compañía, en una celda con cuatro romañolos, de los cuales tres me llenaban todos los días la cabeza con sus gestas, de tal forma que por poco aparecía que la semana roja era obra exclusiva de ellos.

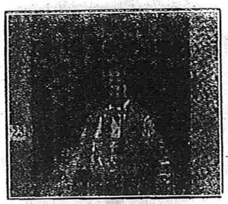
Uno solo de los cuatro era silencioso.

Se trataba de un... Renzo Tramaglino.

La conclusión de estos 3 para terminar, será un poco licenciosa; pero trataré de presentarla... con guantes.

El amigo era imputado nada menos que de las mayores responsabilidades en el arresto del general. Había sido arrestado en vía Cervia-Ravvena y le habían descubierto portador de órdenes y de noticias relativas a ese asunto. Hecho grave, como se vé.

El amigo rehusaba desabotonarse, y yo pensaba para mí: he aquí un hombre serio que ha obrado y que no siente la



necesidad de perderse en bagatelas.

Cuando un día... una tarde más bien, el compañero taciturno me llama a un lado mientras los demás dormían.

Sería necesario referir el diálogo en romañol y.... sin guantes, para reir...

—Querido Borghi, tengo que hablar de una cosa seria... Hace días que pienso en ello... Pero... no se sabe nunca... me falta el valor.

—He comprendido... es decir imagino. Ciertas cosas no se cuentan a nadie. Aquí hasta las paredes hablan. Te agradezco por la estimación; pero no digas nada a nadie, ni siquiera a mí. Has sido valeroso y basta.

—No comprendes, querido Borghi... No es lo que piensas... Tengo vergüenza para decirlo... no lo imaginas siquiera...

—Comprendo... muchos de vosotros estáis acusados de robo. No te avergüences de ello. ¿El trigo tomado se le dió al pueblo?... ¿Avergonzarse de eso? Los ladrones son ellos, amigo. Eso debes decir ante los jurados. Y la frente en alto!

—Te agradezco... eres un amigo... pero si supieses... tengo vergüenza... una cosa peor aún... "me falta valor; ¿qué dirá mi madre?

Naturalmente, yo no comprendía y cada vez habría comprendido menos si en un cierto momento mi interlocutor, que había repetido demasiadas veces "tengo vergüenza", no hubiese, creo, pensado que yo pudiese formular la sospecha de que se tratase de un acto extremadamente infame: una delación. En efecto, aunque aquella cara franca de romañol me inspiraba completa fe, puede darse que diera signos de asombro a aquella repetición de "me avergüenzo", me falta el valor", que mi amigo, entre una selva de "si" y de "pero", trabándose en cada frase, avanzando a saltitos en el discurso y parando en seco como para no ir más allá y llenando las lagunas con enormes suspiros, acabó contándome la cosa. Cosa que lo amilanaba, porque, si fuese referida al juez podía parecer la tentativa de un pretexto calumnioso; pero si era llevada al debate habría promovido escándalo... en la familia con detalles más bien dignos de Bocaccio; silenciada podía ser un buen argumento defensivo echado al agua, mientras que en ese caso corría el riesgo de recibir algún buen número de años de cárcel.

¿Qué hacer?

El amigo se confió a mí.

Y quería consejos.

Se trataba... Pero ahora soy yo el que hago el ruboroso...

En suma, he aquí el asunto: el pobre joven había sido... seducido — me contó los detalles — por una pariente anciana, las relaciones con la cual eran inconfesables. Se trataba de uno de los casos menos frecuentes en las crónicas de los amores "prohibidos".

¡No preguntar más!

Todos los domingos iba a visitar a su "amor" y debía pasar por Savio.

Viajaba en una motocicleta nuevísima.

¡Qué hermosa ocasión para los rebeldes!

Se le cerró el paso. Carecía de "salvoconducto".

Después se ocurren las ideas...

¿Por qué dejar inactiva esa máquina novísima?

Entre los revolucionarios no había quien supiera manejarla...

¿Si se hiciese ir a su propietario por "órdenes" ante el "general"?

Optima idea, ¿pero si fuese un traidor?

En fin, el asunto lo resolvió una mujer: que vaya en la máquina uno de los nuestros junto al "maquinista".

Dicho y hecho.

Los dos se ponen en camino portadores de "informaciones secretas" y van hacia Ravenna y acaban... en la cárcel, sorprendidos y arrestados en el trayecto. Renzo Tramaglino estaba desesperado.

¿Cómo podía defenderse?

"¿Y si lo supiese mi madre?"

La amnistía cortó el nudo.

A fines de diciembre todos habían salido a volver a ver... las estrellas y, poco después, los renegamientos por la guerra!

...La semana roja es un punto luminoso de la historia proletaria italiana.

D. J. EISEUSTAEDTER

LA ALEGRIA ESFUMADA

Según el viejo relato de la Biblia, sobre todo trabajo humano pesa la maldición. Ningún poema de la obscura prehistoria ha quedado tan viviente y tan humanamente próximo al hombre de la era de las máquinas como aquella tétrica leyenda del paraíso perdido. Ninguna palabra revestida de la autoridad divina encontró un eco tan fuerte en los corazones de los vivientes como aquella tenebrosa condena: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Nuestro trabajo ha perdido toda alegría. Disgustados vamos a nuestra labor cotidiana y esperamos con impaciencia el toque de la campana que anuncia la liberación del yugo de una servidumbre ejercida con repugnancia. Hubo tiempos — cuán lejos parecen estar — en que el herrero como el alfarero, el carpintero como el constructor de botes, veían aproximarse con alegría y orgullo el fin de la obra de sus manos. El hombre y el producto humano estaban todavía estrechamente ligados, el trabajador tenían aun plena conciencia del valor de su trabajo. No se buscaba una mísera remuneración, más bien se cambiaba trabajo por trabajo. ¿Sabe todavía hoy el individuo para qué trabaja o puede decir tan sólo que siente satisfacción al pensar en el resultado de sus esfuerzos? Uncido a la férrea cadena de los actos parciales exactamente medidos, sin voluntad propia y privado del derecho a decir su opinión, el obrero como el empleado, el funcionario como el encargado sienten que no son más que miembros minúsculos del gran engranaje del establecimiento. Ciertamente no son palabras de efecto las que les faltan, pues se trata siempre de aguijonear a nuevos esfuerzos las almas adormecidas con excitantes de superadas nociones. Se habla de deber ante la comunidad, se habla de renunciación a la propia dicha y al propio bienestar en favor del conjunto. Pero la decepcionada condescencencia y la visión madura de las conexiones de la vida social y estatal hacen reconocer pronto que la gran masa popular sale con las manos vacías.

¿Cuántos obreros hay todavía que puedan denominar "obra suya" el fabricado listo o la nueva máquina? Si el herrero pone en movimiento el martillo pilón o si el obrero textil sirve su telar, no manejan herramientas propias con las que pueden obrar y crear. Con la pérdida de los medios de producción cayó el obrero en la impotencia económica. El proceso despiadado de la civilización le privó además de las relaciones personales respecto de la labor.

Aunque el artesano del buen tiempo viejo estuviera separado de los primitivos por la línea divisoria de un orden social y del valor enteramente diverso, el estado psicológico frente al trabajo y al producto del trabajo era el mismo. "Juan, el alegre jabonero" es el representante y arquetipo de aquellas innúmeras generaciones de alegres abejas del trabajo, cuya labor era todavía placer y necesidad. El hombre primitivo (es decir incultivado) ante todo veía en el trabajo no tanto el deber o el objetivo impuesto por sí mismo — como la actividad de la fuerza superflua y la expresión del placer de crear. Los viajeros y misioneros del pasado se expresan llenos de asombro y de admiración sobre el placer espontáneo y la alegría de los negros cuando van al trabajo. El gobernador francés Verneuil informa aun a mediados del siglo XIX de sus negras senegalesas a quienes observa en las labores agrícolas: "Se regocijan al hacer eso como en Europa se divierten en las fiestas; el trabajo es para ellas un placer". Ese es el "mundo del trabajo alegre", como lo caracterizó tan acertadamente Karl Bucher. "Aquí el trabajo no es una carga, no es un duro destino vital, no es un artículo de mercado,

su organización no es el resultado de frío cálculo de los gastos... En todas partes juego y placer, canto y música, sociabilidad y espíritu de ayuda".

Incluso la gruñona y envejecida Europa tuvo tiempos en que para sus hijos no era del todo extraño aquel sentimiento de felicidad. También entre los hijos del occidente hubo hasta entrado el siglo XIX pueblos y tribus que veían en el trabajo una fuente de alegría. Cuando Emile Laveleye en el último tercio del siglo pasado investigaba los rastros de la desaparecida propiedad colectiva en Europa, encontró en las comunidades familiares de los sudeslavos, oasis de aquel mundo desaparecido. "Allí el trabajo, decía, es una fiesta; se canta todo el día, y por la noche, cuando se cree que las gentes estarían cansadas de la larga labor de un día de verano, comienza la alegre juventud una danza. Su vida lleva la apariencia de la dicha".

En vano se buscará en las casamatas de los grandes establecimientos tal espontanea alegría. En el rechinamiento de las grúas, en el ruido de las máquinas atronadoras, es sofocado todo placer y toda alegría del trabajo. Pero también ha huído el regocijo de los tétricos locales del pequeño taller. Los alegres cantos del trabajo y las canciones de la cosecha, con que un tiempo se iba al campo o al trabajo común, han sido sofocados. El desenvolvimiento capitalista de los últimos dos siglos quitó al trabajador el derecho a disponer de su herramienta, sometió su labor a la voluntad y a la comodidad del capitalista. El valor o el esfuerzo no determinan la altura de la recompensa. El obrero mismo se ha convertido en herramienta que es empleada según la necesidad y luego dejada a un lado. Sabe muy bien que sólo será ocupado mientras los beneficios o el nivel de la coyuntura lo hagan aparecer deseable. ¿Se puede esperar aun de los modernos esclavos del salario la alegre dedicación del artista consciente de la obra que era el obrero en el pasado?

Y sin embargo, ni la pérdida de los medios de producción ni la pérdida social de la alegría del trabajo han asestado el golpe mortal al jornalero occidental. La ciencia, que despertó a los hombres laboriosos del embotamiento del inactivo amanecer, y que con el conocimiento de su destino especial le enseñó también los medios y los caminos para el mejoramiento de su situación, le ha quitado simultáneamente el resto del viejo estímulo vital y la anterior alegría creadora. Ha privado al trabajo del alma. La descomposición del proceso de trabajo en una continuidad de labores parciales, la repetición mecánica del mismo trabajo no exige ni inteligencia especial ni habilidad digna de mención. A la especialización del trabajo siguió la racionalización de los actos del obrero. El trabajador fué rebajado a la categoría de servidor de la máquina. "El trabajador, dice Bucher, no es ya el dueño de sus movimientos, la herramienta no es su siervo. La herramienta se ha convertido en amo. Le dicta la medida de sus movimientos; el ritmo y la duración de su trabajo ha escapado al dominio de su voluntad. El obrero está encadenado al muerto y sin embargo tan viviente mecanismo".

El lector crítico, que en tal interpretación sólo quisiera reconocer el valor de una opinión personal, puede tomar como complemento y confirmación la colección de confesiones proletarias de Adolf Levenstein. Difícilmente se puede eludir la impresión tan objetiva de las quejas y acusaciones, que algunas veces suben al grado de explosiones de odio incontenido. Entre muchas, mencionemos dos voces:

Un tejedor berlinés respondió a la encuesta: "¿Le causa alegría su trabajo o no tiene usted ningún interés en él?" — como sigue: "A la larga jornada y a la poca ganancia se añade la monotonía y la uniformidad del trabajo mismo que embotan el espíritu. Es una eterna repetición desde el comienzo al fin. Igual da que teja, que retuerza un hilo con otro o que haga otra cosa, todo es mortalmente aburridor, monótono, adormecedor y cansador... Así estoy ligado a mi puesto, una hora tras otra y contemplo las máquinas que trabajan sin cesar. Los movimientos de la mano se repiten mecánicamente, cuando la lanzadera paralizada se ha terminado. Esa es la única ocupación. La labor principal es estar en pie y observar. Con frecuencia se apodera de mí un impulso de trabajo, la intranquilidad de la máquina se traspasa entonces a mí. Corro alrededor del telar y quisiera ayudar a la máquina para que trabajase más ligero... Pero la máquina es de acero, sólo de acero, no tiene ni corazón ni nervios, no conoce ni el cansancio, ni el miedo, ni el dolor, ni el furor. Está en pie y puede estar en pie eternamente y trabajar. ¡Esa maldita criatura de acero! Ella tiene que vencer en una lucha que no es tal lucha; quisiera arrancarle el corazón de acero que late tan despiadadamente y tan sin pasión".

No menos intuitivamente describe un tornero las torturas de su aburridora ocupación: "Debo forzarme por encontrar interés en mi trabajo y no puedo. Un pez no puede vivir en el aire, porque respira por bronquios. Y mi alma no puede vivir en un método de trabajo donde no se ofrece nada al pensamiento. Me defiendo poderosamente contra la aniquilación, y como mi ser moral posee todavía fuerza, el cuerpo es dominado. Mis manos están aún quietas involuntariamente muchos minutos. Me entran escalofríos a cada nuevo día de labor y cuando inicio por la mañana el trabajo, apenas me puedo imaginar que puedo soportar diez horas de ese tormento. Por eso abandono, tengo que abandonar el trabajo. En cada nuevo lugar de trabajo al menos al principio el espíritu encuentra alicientes. Eso dura siempre algunas semanas y la tortura comienza después de nuevo. Y entonces tengo que abandonar temporalmente la labor, porque de lo contrario el trabajo monótono me aplasta..."

LOS EMIGRANTES

Primero y segundo tomo. En rústica, $ 1.50. — Encuadernado en tela, $ 3.50 cada uno

J. RODRIGUEZ

El individuo en la sociedad

En el régimen de vida presente, todo tiende a cultivar, o mejor dicho a despertar, el egoísmo individual que en todos nosotros dormita. Todo acto que indique la superación material de un hombre sobre otro, o de un grupo sobre otro grupo, es motivo de admiración y de aprecio popular. Se cultiva y se estimula el egoísmo individual desde el hogar más cercado por el hambre y la ignorancia, hasta los palacios donde la abundancia y la instrucción flotan majestuosamente como acorazados sobre el mar tranquilo.

Numerosas familias que se muerden las uñas por no tener un pedazo de pan que llevarse a la boca todas las veces que lo desean, practican el ahorro individual desde el recién nacido al mayor de los hijos. Como los padres no les han dicho que esos ahorros servirán para solventar situaciones de aprecio que surjan en el hogar, sino que les recomendaron no toingreso semanal, quincenal o mensual de ingreso semanal, quincel o mensual de costumbre — hasta que con el capital acumulado puedan realizar un pingüe negocio, pues no habrá modo de convencer a ninguno para que integre al hogar nada de lo economizado, lo cual, en resumidas cuentas, es producto del conjunto, ya que si unos vienen del taller con el salario de su trabajo, otros trabajan en las ocupaciones de la casa, sin estipulárseles ni pagarles ningún sueldo. De ahí parte el origen del privilegio, convertido en costumbre y hasta en ley, siendo por ello beneficiados unos y perjudicados otros. Se dan muchísimos casos en que aquel que menos ha contribuído al sostenimiento del hogar, se lleva la mayor parte. Y no hay nada que se oponga a ese derecho, derivado de una costumbre que ha culminado en ley sancionada en algunas naciones. Y de ahí parte también el origen de esos grandes odios que destruyen toda relación entre hermanos y padres. Desde niños nuestra cabeza reposa sobre una almohada de errores, que más tarde, al compenetrarnos de los frutos que ellos dan, amargan nuestra existencia.

En las familias pudientes, también se cultiva la superioridad material del individuo en materia de economía, partiendo de otra base hacia el mismo objetivo. Se les inspira en los grandes negocios, procurando facilidades al hijo que revele mayores ambiciones y audacia más refinada. Si entre los hijos alguno descubre sentimientos de nobleza, compartiendo amistad, deseos y aspiraciones de fraternidad humanas con los desposeídos, pronto será señalado como sacrílego, como "la estrella negra" de la familia. El dilema está planteado: o se somete a los dictados paternales, o se le echa a la calle como a un perro sarnoso que amenaza contagio, el día que los ánimos de toda su familia hayan sido exacerbados hasta el delirio por los consejeros de su rango.

Conozco un caso digno de mencionar, porque en él está plasmada la visión del egoísmo que atormenta, en línea general, a los detentadores de riqueza. Sea del orden que sea el problema que se les presenta, la forma de solucionarlo es siempre la misma.

Es lamentable el fin que tuvo la lucha entre el padre y el hijo, entre la pasión noble de un joven y el propósito mezquino de un viejo.

El señor Esteban, fuerte acaudalado, con grandes extensiones de cultivo, vivía y trabajaba con sus tres hijos, dos varones y una mujer; ésta había tomado a su cargo los quehaceres de la casa desde que murió la madre.

Uno de los muchachos, cuando estuvo libre del servicio militar, trató de llevar a término su promesa de amor, casándose con la hija de un tío, hermano de su padre, aspiración que acariciaba de años atrás. Cuando el muchacho manifestó al padre sus propósitos, éste abundó en consejos desfavorables, e indicóle de paso otras muchachas que a su juicio le eran más convenientes. El hijo, tímido ante el semblante adusto de su progenitor, no se sintió capaz de oponer sus razones de mancebo enamorado a las intrigas del padre. Como única respuesta a los alegatos paternos, contestaba que él sólo amaba a Catalina.

El señor Esteban, comprendiendo que la pasión del hijo no cedería terreno a sus intenciones, encaminó sus trabajos de zapa hacia la muchacha y su familia.

Ya fuese obedeciendo a motivos de interés o a razones de buen sentido, lo cierto es que las intrigas disfrazadas de consejo leal y sincero del señor Esteban encontraron peor acogida que en el propio

CeDInCI

hijo. La muchacha contestó que tenía puesto todo su anhelo y su amor sobre Ricardo, por tanto, sólo a ese mandato prestaría oídos. El padre dijo: Si la voluntad de mi hija es de casarse con tu hijo, yo no he de contrariarla; que en buena hora se cumpla. El resto de la familia asintió en forma unánime con la expresión del padre.

El señor Esteban se retiró encendido por la cólera, después de asegurar a su hermano que no habría enlace entre su hija y Ricardo. Desde ese día, haciendo uso de la autoridad de jefe, con los fueros propios de tal estado de ánimo, ordenó al hijo que cortara toda relación con Catalina. Ricardo acató la orden, y sólo a hurtadillas se comunicaba con Catalina.

Pasaron algunos meses sin que las cosas recobraran nada del pasado libre y alegre; más bien al contrario, amenazaban un total aislamiento.

Perdida toda la esperanza, Catalina empeñó su palabra de casamiento a un mozo que se la pidió muy solícito. Catalina aceptaba el contrato con ese hombre como se acepta una ordenanza o un impuesto del Estado. No lo ocultó a nadie que le hablaba de su casamiento con Andrés. Con toda franqueza y sin temor alguno, decía: Toda mi familia me dice que Andrés es buen mozo y que me conviene casarme con él, pero yo no le tengo cariño, ni siquiera simpatía. Si un momento antes de haber dicho a Andrés "sí, lo quiero", viene Ricardo a pedirme, con él me vuelvo.

Ricardo, desde que le fué prohibido relacionarse con Catalina, perdió el buen humor y el apego al trabajo. Mientras los demás trabajaban en las faenas de la tierra, él se acostaba a dormir bajo los árboles. Cuando Ricardo se enteró del casamiento de Catalina con Andrés, se internó en la cama y rehusó todo alimento.

Los hermanos compartían su dolor, pero el padre no se impacientó ni el primer día ni el segundo. Al tercer día comprendió que su espíritu vacilaba, sintió que la tierra bajo sus pies cedía al peso de su brutalidad. Se encaminó hacia el lecho de Ricardo, y en presencia de la hija y del otro hijo le preguntó qué tenía y qué quería.

Ricardo le contestó: tengo el corazón fuertemente oprimido por el dolor. La noticia de que Catalina se casa con otro hombre me abate, me aniquila horriblemente. Entornó los ojos y enmudeció; sólo el resuello de una ligera fatiga quebrantaba el silencio.

Acompañado de su hija, sin perder tiempo, fué el señor Esteban a la casa de su hermano. Pidió y suplicó, pero el hermano se concretó a explicar el compromiso contraído, el que no estaba dispuesto a violar, en mérito a la seriedad que le era habitual en todos sus actos.

A Catalina se le ocultó la rectificación.

Catalina se casó con Andrés sin profesarle amor, cariño, ni simpatía. El contrato con ese hombre había sido un nudo eterno al cuello de su pasión, un candado a la tentación ardorosa de sus labios sedientos de besos para siempre, la fosa de su felicidad. Marchitado el sentimiento y la sensibilidad, Catalina quedó relegada a la categoría de bestia que come, trabaja y procrea, sin desear ni encontrar satisfacción en nada.

Ricardo no sucumbió, ¡pero cuánto mejor hubiera sido! Una especie de idiotez obscureció su lucidez y briosidad juvenil, tornándolo huraño y apocado.

Si algo hay soberano en la vida, el amor debe de serlo en primer orden. Es la elección que no puede encomendarse a nadie.

Es la primera manifestación de libertad que irrumpe en todos, aun sin tener nociones exactas ni aproximadas de lo que ella representa para el bienestar común, el día que se vive.

Seres completamente oscuros, rompen las ataduras que les tejen los padres o tutores, desechan conveniencias, renuncian a los vienes hereditarios y a las grandes dotes que se les ofrecen de inmediato, antes que ceder a su anhelo.

Claro que en este orden, como en los demás órdenes de la vida, hay quien canjea, hipoteca o somete al cálculo de la conveniencia su soñada felicidad.

Pero esos son residuos que el progreso va dejando atrás, sin servirse de ellos para nada. El progreso avanza a base de desinterés, de altruismo, de abnegación. Los que trafican o hipotecan su pensamiento o su amor, son puntales del mercantilismo y de la iniquidad que preside al actual régimen. Quien se valore o se tase por metal, no puede empujar, ni tan siquiera seguir, al progreso; el contrato de los amos se lo impide.

En el presente no existe sociedad, ni caricatura de sociedad tampoco. Es un conglomerado de mercaderes y traficantes sin escrúpulos, por un lado; por el otro, un inmenso rebaño humano, manso y pasivo como una esfinge. Hablar de sociedad dentro de un régimen donde el contrato individual es quien traza los destinos, donde se trafica con el hombre, con la mujer, con las criaturas y con los objetos, es la ironía más sangrienta.

La sociedad debe construirse aún.

Se han construído enormes edificios, monstruosos puentes, muelles que desafían la impetuosidad del mar agitado, pero eso no es la sociedad. De la sociedad no se ha colocado ni la primera piedra.

Existe una definición concreta del dinamismo que rige la vida en general, la que asegura que todo lo que se elabora, se descubre o se inventa, es producto de un conjunto numeroso de ideas y esfuerzos asociados. Esto es innegable. Precisamente sobre ese pilar inamovible se asienta la solidez teórica de una sociedad de iguales que nosotros propagamos con fervor perseverante. Grande es nuestro planeta, pero en ninguna parte se permitió colocar la primera piedra de esa sociedad, de la única que con verdadera propiedad podría dársele ese nombre.

La opinión pública tiene por costumbre concentrar los méritos de un invento sobre el hombre que aplicó la última perfección a un aparato, o el que dijo la última palabra sobre una fórmula cualquiera, olvidándose de los cientos o miles de seres que han colaborado eficazmente en favor de esa conquista. Luego el Estado le patentiza el invento como propiedad absoluta e inviolable, y ya tiene dos glorias para sí: la de explotarlo en beneficio propio, y la de ser admirado hasta la posteridad.

¡Cuántos han adquirido patente de sabios o inventores sin saber nada ni inventar nada! Lo que hicieron fué copiar, unos; apropiarse del invento, otros. Pero téngase presente que ni el mismo inventor puede decir con justicia: "esta obra es exclusivamente mía".

Todo el que posea criterio propio para analizar los problemas de la sociología, convendrá en que todo el compendio de producción y progreso es patrimonio exclusivo de los trabajadores intelectuales y manuales. Aparte de estas fuerzas propulsoras, queda el parasitismo. Y para mayor irrisión, hoy, a los que dilapidan el producto ajeno, se les da el nombre de "fuerzas vivas".

El futuro, al investigar en la historia del presente nuestro desenvolvimiento, se encargará de clasificar la ignorancia que venda nuestros ojos.

Hasta ahora hemos venido haciendo consideraciones de orden general, pero el interés de profundizar más ampliamente el tema comenzado nos invita a penetrar dentro de nuestro propio ambiente.

Cuando pensamos en la proximidad de la revolución de los oprimidos, no pensamos tan descabelladamente como creen muchos de nuestros opresores. Pero cuando pensamos en la sociedad futura, libre de ataduras ajenas y de prejuicios propios, pensamos mal.

Lo que alguien afirmó sobre el por qué de las tiranías y de los tiranizados dentro del régimen vigente, al decir que "cada pueblo tiene el gobierno que se merece", es aplicable a la sociedad futura. Esta será lo que sean sus pobladores, no lo que debe ser, puesto que los pobladores formarán la sociedad, y los defectos de aquéllos se trasmiten, o están, por fuerza, dentro de ésta. Se eliminarán los gobiernos, las leyes, y los estrados desde donde con ellas se manipula al pueblo pasarán a desempeñar funciones útiles. Pero si previamente no se modifica la mentalidad del hombre, no se crea una convicción elevada y fuerte para resistir cualquier desviación, los errores, o la voluntad de unos cuantos, como sucede actualmente, serán la norma de conducta general. No importa que la ley y el gendarme, instrumentos de sometimiento de hoy, hayan desaparecido. Reaparecerán la una y el otro bajo distinto aspecto, si en el hombre quedan resabios de predominio personal o de bando.

Proclamarse anarquista no cuesta nada. Lo que cuesta gotas de sangre es proseguir la ruta ascendente de la anarquía, ajustar sus actos, dentro de lo que el estado actual de cosas permite, al fin de los ideales que pregona. No olvidemos que es imposible aspirar aire puro dentro de un ambiente corrompido. Por eso del *medio* al *fin* hay mucha diferencia. Y si no fuese así, ¿cómo se explicaría la instauración de una sociedad de paz y armonía mediante la revolución, recurrir al jurisconsulto para detener el zarpazo de la ley, ser propietario y propagar la abolición de la propiedad? El medio ambiente nos aprieta la garganta con eslabones de hierro, y para defenderse es preciso, a veces, recurrir a fuerzas ajenas que nos contradicen. Pero de lo *prescindible* a lo *imprescindible* también hay mucha diferencia. Recurrir a una fuerza extraña para defenderse de algo que entraña gravedad, no es igual que usar de esa fuerza para mejorar la situación.

Este último recurso ha sido, es y seguirá siendo utilizado por algunos que se consideran anarquistas. En este caso, ya no se es consecuente con las ideas ni se tiende hacia el fin que se manifiesta; al contrario, se es consecuente con el régimen actual, y su fin termina dentro del mismo, en virtud de que pide y presta a él su cooperación, con el objeto de equilibrarse y marchar a su compás.

Si fuésemos a dar crédito a los partidarios de todos los medios, hasta los tránsfugas que hicieron carrera dentro del movimiento anarquista se creerían con derecho a justificar su traición.

Cuando nos formamos el propósito de constituir una sociedad, como medida indispensable, debemos preguntarnos: ¿Los que daremos base a esa sociedad, tenemos nociones de nuestro derecho y deber dentro de la sociedad, o simplemente sabemos de derecho interpretado a nuestro modo particular? ¿Poseemos cultura y raciocinio, o desconocemos lo uno y lo otro? ¿Profesamos verdadera simpatía y amistad al amigo o al compañero, y odio al enemigo, o es todo simulación, sujeta a investirse cuando las conveniencias lo aconsejen?

En nuestras sociedades y agrupaciones, que debieran ser una semblanza de la futura, los defectos anotados hacen estragos. Es necesario apresurarse a eliminarlos, para poder dar el ejemplo a los que en todo momento achacamos defectos, de los cuales aún nosotros conservamos algunos rastros.

A. DAENENS

EL ORDEN IMPERA

Un tomo en rústica . . . . . $ 1.20
" " papel pluma . . . . . $ 2.—
" " encuadernado en tela . $ 3.50

"Fernando Pelloutier y el sindicalismo"
Un interesante folleto de 44 páginas de texto
Precio: 15 centavos
EDITORIAL "LA PROTESTA"

ANSELMO LORENZO

UN DOCUMENTO HITORICO

El proletariado español atraviesa una hora de tragedia; la dictadura militar le impedirá, seguramente, exteriorizar este año sus aspiraciones y su fe revolucionaria, en ocasión del 1º. de mayo; nosotros transcribimos el siguiente viejo manifiesto como una protesta contra la mordaza que ahoga la voz de los anarquistas españoles; ese manifiesto, afirmación clara y sólida de nuestros principios, contiene el germen de la doctrina tradicional del proletariado revolucionario de España.

La nación española está en crisis. La política, ese arte de aplicar la autoridad en beneficio de los menos y en perjuicio del mayor número, se halla en tal estado de vacilación y de inestabilidad, que alienta todas las esperanzas y excita todas las ambiciones.

La dinastía, que sufrió tremendo golpe con la Revolución, y que pasó por la vergüenza de verse restaurada por un general ingrato y desleal, ha recibido no menos tremendo golpe por la muerte, dejando como sombra de la majestad monárquica una regencia ejercida por una mujer de otra nación y una minoridad, que en los momentos actuales, para simbolizar mejor la debilidad de lo existente no sabemos si ha de ejercerse en nombre de una princesa, que ya vive, o de un príncipe nonnato.

En tal situación, es punto menos que imposible la continuidad dinástica, y, como consecuencia, la monárquica; ya que el carlismo, representación de la única dinastía competidora, ha quedado tan rezagado que apenas sería posible en una sociedad como la del siglo pasado, del cual nos separa, más que el plazo transcurrido, la inflexible lógica de la ley del progreso.

Una nación que empieza a tener conciencia de su propio derecho, que alienta en su seno las aspiraciones más radicales y revolucionarias, que en lo que va de siglo ha derramado sin medida su sangre por los principios liberales, que ha ensayado cuantas limitaciones pueden ponerse al poder real, por medio de sus Constituciones, que ha disfrutado ya de dos destronamientos y que se avergüenza de verse adelantada en el camino del progreso por las demás naciones, no ofrece ya base segura para consolidar una monarquía.

Los liberales de todos los matices, desde el conservador más reaccionario hasta el federal pactista, lo reconocen así, y caminamos rápidamente a una situación análoga a la en que nos hallábamos en febrero de 1873. Otra vez la burguesía liberal se verá precisada a proclamar la República, y al constituirla despojará al poder de los efectos de guardarropía monárquica y le revestirá de los atributos republicanos para continuar oprimiendo y despojando a los trabajadores.

En tales circustancias, el clero, seguro de ser siempre bien considerado por el partido vencedor, no perderá la ocasión de atizar el fantismo de las gentes que aun viven en las tinieblas de la Edad Media, y concitará sus fuerzas a la guerra civil.

Entre tanto los partidos republicanos se agitan, se organizan, procuran dar seguridades a las clases privilegiadas de que sus privilegios serán respetados; pero no quieren coaligarse, porque sus jefes distan mucho de hacer el sacrificio de sus propias ambiciones y porque ninguno confía en la rectitud de intenciones de los otros.

Los liberales monárquicos y los republicanos unitarios, partidos todos compuestos únicamente de eminencias políticas y de caciques locales, confían más en la intriga que en la popularidad; no así el republicano federal, que, considerando su sistema como el único racional y capaz de resolver el problema económico, aspira a apoyarse en las masas populares y ha declarado que aceptará la coalición siempre que no pongan obstáculos a la emisión del sufragio y se respeten sus resultados.

Como miembros sociales que nunca hemos de formar parte de esos partidos de jefes, hagamos caso omiso del jacobinismo zorrillista, el que, además de sus comités, cuenta sus partidarios entre la clase de sargentos; lo mismo que del infatuado posibilismo, agrupación de soberbios, admiradores de la elocuencia de su jefe, enamorado de sí mismo, y que desprecian al que no es de su comunión, sobre todo si le consideran inferior en categoría. Ambas agrupaciones, probable receptáculo de la podredumbre política cuando llegue el caso de proclamar la república, conservadores del unitarismo nacional, sólo desprecio merecen por parte de la totalidad de los productores.

Queda el partido republicano federal, único partido liberal que solicita el apoyo de las masas populares, no menos enemigo de los trabajadores que los demás por cuanto opone incesantemente las argucias políticas a las reivindicaciones revolucionarias del socialismo, y trata por este modo de reclutar incautos, debilitando así las falanges obreras que luchan por la emancipación social.

Pretende el partido federal presentarse como el único racional y científico, y si verdaderamente tuviera en su apoyo la razón y la ciencia, nadie podría disputarle el triunfo.

Creemos, en efecto, que el sistema federativo, basado en el pacto, será como el inmenso plano en que se desarrolle la sociedad del porvenir, y a pesar de esto, entre los federales políticos y nosotros, que muchos creen existe afinidad, hay un abismo inmenso.

El pacto que sirva de base a la Federación ha de reconocer entidades reales y positivas, perfectamente determinadas, no unidades ficticias creadas por el privilegio y conservadas por la tradición.

El ciudadano ateniense era un filósofo más o menos charlatán, que vivía de la holganza, reposando sobre el trabajo de 400.000 esclavos; el ciudadano lacedemonio era un rústico guerrero que oprimía y explotaba cruelmente a los desgraciados ilotas, el ciudadano romano era un bandido, disoluto y feroz, que hacía la guerra a todo el mundo conocido para robar el producto del trabajo y reducir a la esclavitud a los productores.

He ahí la unidad que sirve de base a los republicanos federales.

Y no se diga que el ciudadano moderno haya progresado hasta elevarse a una altura perfectamente científica, porque hoy conserva la odiosa desigualdad originaria; peor aun, el título de ciudadano constituía en la antigüedad un privilegio, una dignidad, una garantía de la que se hallaban privados muchos hombres considerados como de condición inferior; hoy el título de ciudadano, concediéndose por igual a todos los hombres y sirviendo de base política por la universalidad del sufragio, encubre hipócritamente las desigualdades sociales.

Para la constitución política de la sociedad son *ciudadanos*: el noble, el cura, el militar, el propietario, el industrial, el rentista, el hombre de carrera, el obrero, el labrador, el peón y el gañán.

Todos son electores y elegibles; así lo reza, a lo menos, el credo democrático republicano.

El noble podrá ser un orgulloso, envanecido con la gloria de sus antepasados; el cura, formando casta aparte, por el celibato, podrá tener el cerebro atrofiado por el estudio de la teología; el militar podrá ser un ignorante perdonavidas; el propietario, industrial y rentista, podrán acumular dinero mediante la explotación o la usura; el hombre de carrera podrá hacerse una brillante posición, mucho más si es abogado, merced al privilegio que le ha permitido asistir durante unos cuantos años a la Universidad; pero el obrero, el labrador, el peón y el gañán, entregados desde la más tierna edad al trabajo y careciendo de todo medio de ilustración, trabajarán siempre, y, como única participación en los beneficios democráticos, *votarán a sus gobernantes*. Tampoco pueden hacer otra cosa estos últimos, ya que ignoran las leyes en que se basan la constitución y administración de los pueblos, a causa de la proverbial forma de embudo que los ciudadanos desde burgués arriba han dado al famoso pacto social.

Por eso los ricos y los sabios son, naturalmente, los llamados a tener por el mango la sartén democrática.

¿Es esto racional ni científico?

El título de ciudadano, como se ve, es hoy tan contrario a la igualdad como lo fué en su origen; por eso los liberales monárquicos, relativamente lógicos, han conservado hasta hoy esa desigualdad como fundamento político, estableciendo el censo electoral; y los republicanos de todos matices, secundados por los monárquicos cuando llegue el momento oportuno, viendo que se ha encontrado el medio de asegurar su predominio, aceptarán el sufragio universal, que justifica aparentemente la expoliación y explotación de los trabajadores.

Sí, la unidad fundamental, el ciudadano, es falsa; las entidades que de ella se derivan carecen de valor científico para el pacto y la federación.

La ciudad, punto de residencia de los individuos desiguales y de intereses antagónicos, albergue de jerarquías, teatro donde se desarrolla la lucha por la vida entre los elementos más discordantes, no es una entidad pactante — y si pacta, no podrá nunca realizar el pacto conmutativo y bilateral, único justo y científico, en el que cada uno da en justa proporción de lo que recibe y termina cuando uno de los pactantes quiere rescindirle porque no le convenga o para renovarle por nuevas cláusulas más convenientes, — sino el pacto leonino, que obliga por medios coercitivos al cumplimiento de lo que repugna, de lo que no conviene, de lo injusto.

La provincia es una división territorial que tiene por objeto facilitar la exacción de los tributos, la aplicación de la fuerza y fomentar la desunión por el desarrollo del sentimiento patriótico; y no se diga que las actuales provincias son divisiones ficticias por ser obra de un decreto, porque las antiguas regiones históricas son divisiones ficticias también, pero de más antigua fecha, y producto de la conquista, lo que no diremos si es peor o mejor que un decreto.

El Estado es la consagración de las injusticias contenidas en la ciudad, multiplicadas por el número de localidades de que consta la nación, el dispensador de la autoridad relativa que necesitan las provincias para imponerse a la localidad, y por consecuencia el trono de la tiranía, con su cohorte de crímenes y maldades, que hacen de una nación que debiera componerse de hombres libres e iguales que viven en la reciprocidad del derecho y del deber, una agrupación de poseedores y de esclavos, de sabios e ignorantes, de holgazanes y trabajadores.

Pasaron para no volver jamás la *autocracia* (gobierno de uno, monarquía, imperio), la *aristocracia* (gobierno de los nobles, feudalismo), la *teocracia* (gobierno del clero), con las alteraciones y medias tintas sufridas en la práctica y consignadas en la historia; hoy vivimos en plena *mesocracia* (gobierno de la gente de dinero, de la burguesía), y como remedio a los males que los productores sufrimos, se nos ofrece la *democracia* (gobierno del pueblo); pero este remedio no es más que una ilusión que los *mesócratas* (los burgueses), nos proponen para continuar disfrutando los beneficios que les reporta nuestra explotación y despojo.

La *democracia*, basada en la unidad política del ciudadano, ora como sistema unitario, según las tendencias del jacobinismo francés, ora como federación que combina aquella unidad en las entidades el Municipio, la Provincia y el Estado y desatiende al productor y a las colectividades formadas por los productores, tratando a lo sumo de reconocer su derecho como reconoce el de las agrupaciones filosóficas, industriales, religiosas, recreativas, etc., es una ficción irrealizable; nunca el pueblo tomando esta palabra en la acepción de los trabajadores asalariados, privados de instrucción y de medios de subsistencia, llegará a gobernar.

Mienten los que le quieren hacer demócrata, los que le predican *democracia*, porque los que tienen el monopolio de la ciencia y de la riqueza nunca se dejarán gobernar por su criado, por su zapatero, por su sastre, por su arrendatario, ni por ninguno de los que proveen a su holganza.

La *democracia* encubre una vana esperanza, y como única realidad sólo significa la sanción por los trabajadores de la tiranía, de la explotación y del despojo de que son víctimas.

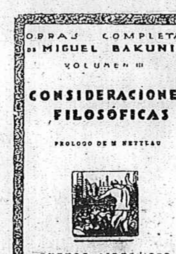
Mentira es la *democracia*, odiosa palabra inventada para someternos y dominarnos por el engaño, ya que los sistemas de fuerza no pueden sostenerse en una época razonadora que sabe que aun no hace cien años se levantó en París el cadalso para el rey y la nobleza.

No somos, pues, demócratas, y abominamos la democracia porque abominamos el poder, aborrecemos el gobierno y no le queremos ni aun para nosotros, diferenciándonos en esto de esos trabajadores ilusos que sueñan en la constitución de un partido político.

En oposición a todas las injusticias sociales, que tuvieron su origen en el primer acto brutal que cometió el fuerte contra el débil, que sancionó la política cuando el fuerte y el astuto se coaligaron para constituir un gobierno, y que la política conserva, persistiendo en el error de creer que el principio de autoridad, en mayor o menor dosis, ha de dar de sí la fórmula social perfecta y justa, en oposición a todos los sofismas que nuestros enemigos inventan, preséntanse los trabajadores, hoy que la crisis política ofrece oportunidad, a exponer sus aspiraciones de reivindicación del derecho juntamente con sus ideas y doctrinas, como fuerza viva de la nación, como entidad activa y pensante, reclamando el concurso de cuantos prefieran la justicia a la propia conveniencia, la verdad a la preocupación y la inflexible lógica de la ciencia a la vana fraseología de los mercaderos políticos de todos colores.

Proclamamos la *acracia* (no gobierno) y aspiramos a un régimen económico-social en que, por la concordancia de los intereses y la reciprocidad de los derechos y de los deberes, todos sean libres, todos contribuyan a la producción y todos alcancen la mayor felicidad posible, que consiste en que lo que se disfrute sea ganado por el propio trabajo sin la explotación, y, por consiguiente, sin las maldiciones de ningún explotado.

La naturaleza con sus dones espontáneos, la ciencia con el resultado de todas las observaciones y de todos los estudios debidamente metodizados, los medios de producir o aplicaciones de la ciencia a la producción y la riqueza resultante del trabajo de todas las gene-



Un tomo en rústica, $ 1.50

CAMINO DEL CADALSO

raciones anteriores, constituyen un patrimonio universal que de derecho pertenece a cuantos viven en una generación.

Las leyes que vinculan lo que nadie ha creado o lo que crearon todos los hombres que nos precedieron por el trabajo y por el estudio, con leyes expoliadoras, son leyes injustas, son leyes infames, que sólo pueden obtener la aprobación de los detentadores de nuestra tierra, de nuestra riqueza, de nuestra ciencia. Los que formularon esas leyes, los que las conservan, los que a ellas se someten y los que las aplauden son culpables del crimen de lesa humanidad, por ellas se halla contenido el progreso, por ellas se ve tan reducido el término medio de la vida humana, por ellas se atrofia la inteligencia de un número espantoso de hombres, por ellas viven aún lozanas las supersticiones y creencias de la Edad Media, por ellas se encuentra raquítico y anémico nuestro cuerpo, por ellas se ceban en nuestras poblaciones horrosas epidemias y por ellas tienen medio de acción un sinnúmero de enfermedades que siegan en flor tantas vidas que serían la honra y orgullo de nuestra especie.

No tiene dueño la tierra, como no lo tienen el aire, la luz, los mares, el subsuelo, los bosques y todo cuanto existe sin el trabajo del hombre.

No tiene dueño la ciencia, personificación noblisima y gráfica de la solidaridad humana, suma total de los conocimientos parciales de cada ser, de cada generación, de cada pueblo histórico.

No tienen dueño los medios de producción, consecuencia y aplicación de los conocimientos científicos.

Porque la tierra, la ciencia y los grandes artefactos mecánicos no los crearon sus detentadores, sino que se crearon por causas independientes de la actividad del hombre o se produjeron por el trabajo de todos los hombres, y el que disfrute de un título de propiedad o de un diploma universitario y con ellos explota y tiene en estado de dependencia a sus semejantes, merece el calificativo que la sociedad actual aplica al que se apropia lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

La verdadera y científica unidad social es el productor.

Son *productoress* los que cultivan las ciencias, arrancando a la naturaleza sus secretos para ensanchar nuestra esfera intelectual y aumentar nuestra potencia productora; los que cultivan el arte, sublimizando nuestros sentimientos para hacernos más capaces de admirar lo bello y lo bueno y acercarnos a la felicidad; los que cultivan la industria y la agricultura, atendiendo a todas nuestras necesidades corporales.

El sabio en su gabinete que, estudiando intrincados problemas, da con una solución que se traduce por un invento maravilloso; el geógrafo que, desafiando las inclemencias climatológicas o de otra especie, se arriesga por el interior del Africa o desafía los fríos polares para determinar fijamente el inventario de nuestro planeta; el paciente observador que, con su potente genio y admirable constanciaa, sorprende los misterios de la vida de lo infinitamente pequeño, descubriendo importantísimas leyes para la industria; el artista cuya inspiración le facilita medios para hacer vibrar las más recónditas fibras de nuestra sensibilidad; el obrero industrial que, en su lucha constante con la materia, elabora la infinita variedad de productos con que provee a todas nuestras necesidades, comodidades y recreación; el obrero agrícola que, desafiando los rigores de las estaciones, atiende a nuestra subsistencia y, en fin, cuantos hacen algo útil son *productores*, y únicamente por este concepto son miembros sociales.

La primera colectividad social es la agrupación local de los productores de idéntica profesión. El pacto fundamental se verifica entre el productor y la agrupación respectiva o similar de productores.

Las agrupaciones productoras de una localidad celebran un pacto por el cual forman una entidad que facilita el crédito, el cambio, la instrucción, la higiene y la policía local, y celebra pactos con otras localidades para el crédito y el cambio en mayor esfera, a la par que las comunicaciones, transportes y servicios públicos generales y recíprocos: otras entidades formadas en virtud de condiciones geográficas especiales, como calidad y configuración del terreno, clima, etc., pueden constituirse mediante pactos especiales basados en principios económicos y de facilidad de producción, cambio y transporte.

La tierra, las minas, las fábricas, los ferrocarriles, los barcos y, en general, todos los medios de producción, transporte, cambio y comunicación, declarados de propiedad social, deben pasar a título usufructuario a las colectividades trabajadoras. El objetivo final de la Revolución abarca estos tres extremos:

Disolución del Estado.

Expropiación de los detentadores del patrimonio universal.

Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo; asistencia de los que aun no sean aptos para ello, así como los que hayan dejado de serlo; educación física y científico-integral para los futuros productores.

Así entendemos la Revolución, así la queremos; para efectuarla nos organizamos y consideramos que el que no está con nosotros para llevar a efecto obra tan transcendental está contra nosotros, tanto si abiertamente se nos pone enfrente, como si afectando amistad o simpatía opone distingos, vaguedades o condiciones.

Conste de una vez para siempre que los trabajadores revolucionarios no son ascépticos ni indiferentes, como con perversa intención han propalado los demócratas de todos matices al ver que de ellos nos separábamos, sino que, por el contrario, luchamos y lucharemos con entusiasmo y convicción profunda para desenmascarar a nuestros enemigos encubiertos, vencer a nuestros enemigos declarados y hacer práctica la gran Revolución Social, que tiene señalado su plazo y su término en la cronología del Progreso.

Federación Barcelonesa, compuesta de las Seccioness Fundidores en bronce. — Panaderos. — Oficios varios. — Carpinteros. — Albañiles. — Zapateros. — Impresores. — Carreteros. — Fundidores en hierro. — Tintoreros. — Sombrereros. — Riberos. — Sastres. — Mozos del Comercio. — Tejedores mecánicos. — Escoberos. — Cerrajeros.

Barcelona, 23 de febrero de 1886.

Siguen más de 300 adhesiones de corporaciones obreras.

Descartando de este documento lo que tiene de accidental en razón de su fecha, y dejando subsistente lo que tiene de doctrina, queda en estado de perfecta actualidad, y le pongo mi firma, declarándome su autor, ya que por su carácter colectivo no pude hacerlo cuando se publicó por primera vez sólo con las firmas de las secciones de la Federación local Barcelonesa, y por segunda con la de todas las entidades e individuos aislados que componían la Federación Regional Española de Trabajadores.

1912.

"EN EL CAFE"
Por Errico Malatesta

Precio 30 centavos
112 págs. de texto

A. PELLICER PARAIRE

La educación de la libertad

Toda la custión social se reducee en dos términos: *autoridad y libertad*.

Es autoridad todo lo que sojuzga, avasalla, oprime y tiraniza al individuo.

Es libertad, manifestarse el individuo sin trabas de ningún género; producirse sin temor a oposiciones más o menos violentas; satisfacer todas las necesidades así materiales como morales, así físicas como intelectuales, con toda espontaneidad, sin coacción ni coartación de ninguna especie.

Estos son los términos precisos, absolutos de la cuestión social, de las luchas de la humanidad.

Pero lo absoluto en el mundo de las ideas, no existe como no existe en el mundo físico. Y si usamos la palabra *absoluto*, la usamos para significar el punto más extremo concebible; esto es, en relación con otros términos menos absolutos.

Así, por ejemplo, decimos:

—Queremos la libertad absoluta.

Pero ya se comprende que no queremos decir la absoluta libertad, sin consideración a nada ni a nadie; sino con relación a aquellos que quieren cierta libertad limitada, con determinadas facultadas y coacciones, expresadas en estas o parecidas frases:

—Queremos la libertad del pensamiento.

—Queremos la libertad de reunión y de asociación.

—Queramos una liburtad *bien entendida*.

Y otras frases por el estilo.

De modo que al expresar este concepto: *la libertad absoluta*, queremos manifestar el concepto de poseer la libertad, no absoluta, sino toda la libertad posible; porque no puede admitirse, verbigracia, la libertad de robar, asesinar, perjudicar a otro de algún modo, por poco que sea; pues entonces sería (valga la frase), una libertad tiranía, una violencia, un acto autoritario, con el nombre de libertad.

Mas decimos libertad absoluta, toda la libertad, porque la fraseología humana no ha llegado a establecer las palabras precisas matemáticas, para expresar ciertas y determinadas situaciones y deseos. Pero podemos expresar la relatividad de querer el máximum de libertad posible por medio de varias palabras, como lo hacemos en este momento, determinando nuestro pensamiento de que queremos la mayor libertad compatible con el individuo y la sociedad, y no la libertad restringida que algunos quieren, por temor a perjudicar a otros seres, siendo realmente ellos mismos los perjudicados.

Hecha esta digresión y aclarados los conceptos autoridad y libertad, para que no se nos achaquen unos absolutismos que rechazamos, precisamente porque ni son factibles ni liberales, y determinado que el mundo humano se mueve por estos ejes o polos: autoridad y libertad; creemos no será necesario demostrar con citas históricas, con hechos prácticos, que cuanto más se eleva el concepto autoridad, más pierde, más baja el de libertad; y al revés, que cuanto más sube el

concepto libertad, más se anula el de autoridad; y no creemos necesarios estos detalles porque son tan de sentido común, tan palpables, que casi sería ofensivo suponer que hecho tan notorio fuese ignorado.

Y esto sentado, entremos de lleno en la cuestión que hemos planteado, esto es: *como se realiza la educación de la libertad*, o mejor dicho, *cuál es la mejor educación para el buen ejercicio de la libertad*.

Todos cuantos sistemas sociales basados en el principio de autoridad han pretendido garantir la libertad humana, equivalente también al bienestar general, han caído en el mayor descrédito sin haber conseguido su objeto.

No pueden las monarquías constitucionales y democráticas — y abandonamos las de régimen absolutista, siquiera porque no usan la plabra libertad —, no pueden, repetimos, esas formas de gobierno garantir la libertad del individuo con su sistema religioso, político, administrativo y judicial, porque el despotismo en todas las ramas gubernamentales cohibe todo derecho y la ley se halla al arbitrio del que manda; y si no puede garantir la libertad individual, claro está que los pueblos sojuzgados a esa clase de gobiernos liberales, se han de acostumbrar a prácticas y hábitos serviles, y así la educación general no es para la libertad sino para la esclavitud; y por tanto, el hombre acostumbrado al yugo de tiranos y tiranuelos, no sabe, no puede saber hacer buen uso de la libertad; no puede ser hombre libre, sino se levanta con heroicidad admirable por sobre el medio que le rodea y que mata su personalidad moral.

No pueden las repúblicas de toda categorías acostumbrar a los pueblos a la libertad, porque por más que pretendan realizar esta suprema dicha, aun hay gobierno, aun hay tiranía en todos los actos sociales, aun no se produce el hombre por su propio derecho, sino por medio de intermediarios, como se llaman diputados, concejales, etcétera, y ha de abandonar todas sus libertades y derechos en manos de otros, que se hallan muy bien ejerciendo de mentores, protectores, dispensadores del bienestar humano. Además subsisten las bases sociales — propiedad, región, ley, Estado, etcétera —, procedentes de épocas más bárbaras y despóticas, y coexisten en el fondo, por más apariencias que tengan de liberales, el servilismo y la tiranía. Podrá ser en algunos casos que la doblez, la servidumbre no sea tanta, ni la tiranía tan asquerosa; pero, al fin, tiranía y servidumbre es lo único que existe, y por ende, el hombre, acostumbrado a muy limitadas e inocentes libertades, pero mucho más a la condición humillante del inferior y del servidor, no es hombre que sepa, que pueda hacer buen uso de la libertad máxima, no está educado para ello. Las repúblicas, pues, no tienen la mejor educación para el buen ejercicio de la libertad.

Y lo que decimos de las monarquías liberales y de las repúblicas, podemos decir de todo sistema social, por avanzado que sea, que mantenga instituciones como el Estado, la religión, la propiedad individual tal como hoy se entiende, la política, etc.

No pueden formar la buena educación para la libertad, las instituciones monacales, militares, autoritarias, privilegiadas, sean de la manera que fuesen, porque acostumbran al hombre al yugo, a la inferioridad y a la subordinación opresora.

El fraile, el cura, el soldado, el empleado, el dependiente, el trabajador, educados a una sumisión y obediencia muy crueles, no pueden conducirse de ningún modo como hombres libres. Su corazón y su cerebro son esclavos por arraigados hábitos, son seres que no se han desarrollado en el puro medio de la libertad y no saben, no pueden comprender toda la magnitud, toda la inmensísima dicha del hombre libre, de propia personalidad, del que a nadie confía sus necesidades y sus derechos; sino que él mismo atiende a sus necesidades, él mismo ejercita sus derechos, su libertad, mantiene su iniciativa, como se impone sus deberes, como defiende sus derechos y su vida.

Y es por esto, pues, que cuestan tan enormemente las conquistas de la libertad, del progreso; porque son muy pocos los individuos que tienen tal fuerza de comprensión, voluntad tan decidida, que, sino de hecho, moralmente se hallan ya emancipados y se sobreponen con resolución incontrastable a toda práctica servil y a todo hábito de obediencia innoble para batallar heróicamente contra toda dominación y tiranía, y realizar el progreso humano, que se resume, con la libertad que hemos llamado absoluta equivalente a verdadero bienestar social.

De lo cual deducimos, pues, *que mientras subsista autoridad*, sea en conjunto, sea en detalle, *no puede producirse la buena educación para el mejor ejercicio de la libertad individual y humana.*

Y también llegamos por deducción a la afirmación siguiente:

Que la buena educación para el mejor ejercicio de la libertad, no puede obteneresc sino con el ejercicio de la libertad misma.

Y ya tenemos en principio resuelta la cuestión; sin embargo, precisa que argumentemos algún tanto para demostrar, no la verdad de la resolución, sino la posibilidad, la necesidad de adquirir en primer término la libertad y después la educación para que esta libertad sea firme, sólida y duradera, que es lo que muchos dudan y no ven tan difícil llegar, por movimientos de fuerza, a la destrucción de todo principio autoritario; así como precisa, para apresurar estos movimientos, educar al mayor número posible de hombres en las prácticas más liberales posibles, para que sean base del futuro estado social, vanguardia de la más preciada de las revoluciones humanas.

Si hemos convenido, por ejemplo, que el soldado, acostumbrado a reducir su personalidad a un número solo, no está educado para la libertad, asimismo hemos de convenir que el joven que sin ideas ha cumplido el servicio militar, ha de hallarse inepto para producirse como hombre libre, y, lo que es más sensible casi inepto para poner su esfuerzo personal al servicio de la revolución social.

Tendrá este joven, si se quiere, muy buen fondo, de generosidad extrema, pero para todo trabajo revolucionario preguntará incesantemente quién es el jefe que le ha comandar para perder la vida al servicio de la libertad, y se batirá con suma desconfianza si no halla a su frente un hombre de renombre popular, al menos, sino de aptitud.

En cambio, buscad al obrero que ha perdido muchas horas en reuniones y en trabajos societarios y cuidado de prestar atención a los ideales revolucionarios, éste protestará de todo jefe y jefatura y afirmará que si como un cuerpo de ejército subordinado hemos de alcanzar nuestra libertad, después de logrado el triunfo de la revolución se proclamará la dictadura, sea o no revolucionaria, y mientras subsiste el más pequeño resto de autoritarismo, la revolución no habrá conseguido su afianzamiento y la libertad no habrá definitivamente triunfado.

Y si partiendo de estos dos puntos lógicos y extremos, dado el modo de ser de la sociedad, los vamos reduciendo a la más ínfima importancia para llegar a esa admirable conjunción de una subordinación consciente libre, conservando la plena soberanía del *yo*, del hombre emancipado, del que conserva siempre y en todos los actos la propia personalidad, podremos averiguar y definir que todas las instituciones humanas son tanto más reaccionarias y menos preparadas para la adquisición de la libertad cuanto más autoritario sea su régimen, como, al revés, cuanto más liberal, amplia, sea una institución, más los individuos que la componen son aptos para la lucha de la humana emancipación.

Sin necesidad de remontarnos mucho, podríamos determinar en nuestras sociedades obreras el grado de revolucionarismo que sostienen, con solo dar una mirada en sus reglamentos o estatutos, y casi contar el número de individuos que cuenta como decididos revolucionarios, investigando su régimen societario.

Este que parece fenómeno no es tal, atendiendo todas las consideraciones naturales que hemos puesto de relieve.

Una corporación obrera que posea un reglamento societario autoritario, prueba que la componen una masa de individuos inconscientes, por más buena voluntad que tengan; porque, de lo contrario, si entre sus socios hubiese varios caracteres libres, hombres emancipados, no podrían consentir la tiranía de ciertos artículos e infiltrarían su espíritu revolucionario a los compañeros de sano criterio y corazón generoso.

Revisad un reglamento o unas bases de las colectividades que tienen fama de revolucionarias y veréis en ellas retratado el espíritu de sus socios, sus aspiraciones, la libertad que sienten, qué desean, qué quieren a todo trance.

Unos y otros reglamentos os dirán también que son más numerosos, muchos individuos educados para la libertad en las últimas sociedades que en las primeras; y a medida que veréis consignado un régimen amplísimo de libertad en unas bases societarias, podrá determinar el número de individuos aptos para el cambio social que apetecemos, y a medida que observemos espíritu restringido, autoritario, precavido en un reglamento, determinaremos cuan pocos son sus socios que tengan conciencia de la libertad.

Y así como toda aspiración y todo régimen trae en sí necesariamente sus medios propios, las corporaciones que aspiran al planteamiento de la libertad, necesitan forzosamente medios que eduquen al hombre en el buen ejercicio de la misma, este es el que forma en primer término en los movimientos provocadores para el establecimiento de la libertad humana.

He aquí, pues, explicadas también las evoluciones de esa importantísima institución llamada Internacional, que su renombre ha de conservarse eternamente como la Regional de los trabajadores y la Organización anarquista de la región española, su sucesora legítima.

No es posible que en buena lógica que concebidos unos principios de organización más conformes con las aspiraciones revolucionarias dejen de plantearse, como no es posible que un individuo de ideas muy avanzadas pierda el tiempo defendiendo ideales más atrasados de los que concibe.

¿Y qué tiene de particular, por ejemplo, que educados en un régimen autoritario social y con ciertos resabios en nuestras mismas asociaciones, el hombre no sepa conducirse como ser independiente y libre si hasta hoy no se ha procedido de otra manera que por delegaciones y confiando a otros que por ellos pensasen y trabajasen, por más decididos que estén a secundar todo propósito revolucionario? ¿Y por qué no estamos educados al propio ejercicio, a conducirnos espontáneamente con toda la firmeza del consciente de sus derechos y de sus deberes, hemos de retroceder?

Esto jamás; sería una verdadera reacción proceder de tal suerte.

El hombre no puede ser libre sino sintiéndose libre; acostumbrándose a las prácticas libres. Por tanto, si solo por estas prácticas liberales, si solo obligado a obrar según sus facultades, se halla la educación para el buen ejercicio de la libertad, precisa sólo un poco de buena voluntad por parte de todos, y no ha de tardar mucho en dar óptimos frutos esta conducta, que cuenta con la severidad de los principios más lógicos y revolucionarios y los medios más en armonía con los ideales que se sustentan; y no dudemos que alcanzaremos con más rapidez el mayor contingente de hombres revolucionarios, y como consecuencia, más pronto el triunfo de la revolución social.

A algunas más consideraciones se presta este tema y quédannos muchos argumentos así históricos como filosóficos para apoyar nuestra tesis. Pero, ya para no cansar al lector, como por no poder disponer de más tiempo y sosiego para pulimentar este trabajo, atiéndase mejor al espíritu que lo informa, que no a lo que la letra dice; y que otros llenen el vacío que deja mi insuficiencia.

CAMILO MAUCLAIR

El anillo de hierro y el anillo de oro

Severino Morsel y Fanny Destanges volvieron del registro civil con sus cuatro testigos. Dos de éstos se despidieron en seguida de los recién casados, disculpándose por no poder asistir a la comida. El pintor Aurize, testigo de Morsel, y el compositor Breuny, testigo de Fanny, acompañaron a la pareja hasta su casa. La cena fué íntima y muy tranquila. A los postres Aurize se levantó y empezó a pasearse por el taller de su camarada fumando su pipa y hablando casi entre dientes, según su costumbre.

—Vamos, viejo — dijo. — No veo que haya aquí ningún cambio. Desde que entramos me esforzaba en encontrar otra atmósfera, un ambiente... matrimonial, y no lo hallo. Mejor para todos.

—¿Y por qué quieres que haya cambiado ésto? — repuso Morsel sonriendo.

—No lo sé... El casamiento, aunque sea sólo civil y después de tres años de "liaison" como la tuya, modifica muchas cosas. He sido casado, ya lo sabes, y después de quedarme viudo no he tenido ganas de renovar el ensayo... En fin, has hecho bien: primero, porque te gusta; segundo, porque Fanny es encantadora y lo merece, y luego a causa del chico...

—Te olvidas — dijo un poco secamente Breuny — que nuestro amigo Morsel, por esa unión legal, hace a Fanny un honor merecido, indudablemente, pero incontestable. Sostengo lo que he dicho: Morsel ha hecho algo que debe conquistarle la gratitud de su esposa de hoy y de su amante de ayer.

—¡Caramba! — dijo Morsel un poco molesto pero procurando disimularlo. — Ni ella ni yo hemos pensado en semejante cosa.

Fanny, que había entrado en el taller, oyó la frase de Breuny, y se quedó escuchando. Su marido prosiguió:

—Yo pensé sencillamente: "Más vale hacer lo que hace todo el mundo; es más cómodo". Y entonces dije a Fanny: "¿Vamos al registro civil?" Contestó que sí, y no tardamos veinticuatro horas en hacerlo. Yo no creo que esto nos transforme ni nos acerque más, porque en tres años de unión libre no hemos tenido un solo disgusto...

Aurize y Breuny se despidieron de los recién casados. Una vez solos, Morsel miró a su esposa y preguntó:

—¿Qué te pasa?... Pareces preocupada... ¿Está mal el nene?

—No... Es que he oído al entrar al taller lo que decía Breuny, y me ha impresionado un poco.

—¡Bah!... No te preocupes. Ya sabes que le da por filosofar, echándoselas de moralista y haciendo grandes frases.

—Sí, pero alguna de éstas hacen daño. Me parece que hubieras debido responderle con más firmeza.

—¿Cómo? — inquirió Morsel sorprendido, mientras encendía un cigarrillo.

—Pienso, efectivamente, que no hemos reflexionado con detención en las consecuencias de ese matrimonio. Es fácil decir que no tiene importancia y que uno va a hacer "lo que hace todo el mundo"... Falta saber lo que se piensa en el fondo. Te quiero mucho, pero no creo que al casarte conmigo me hayas hecho ningún honor. Sé que has procedido por cariño, no por dignidad ni por un falso concepto del honor. Esta palabra me ha inquietado, me ha herido. Vivíamos unidos libremente y por ello me sentía orgullosa. Ahora que la ley se ha mezclado a nuestra mutua ternura, no me siento ni más feliz ni más tranquila que antes.

CeDInCI

Hay mujeres a quienes el casamiento encantaría sintiéndose realzadas, dignificadas; pero yo no pienso como ellas.

—Nada ha variado entre nosotros — replicó Morsel. — Unicamente tú eres más mía y yo soy más tuyo. Llevas mi nombre, nuestro hijo lo llevará también. Nuestros intereses están ligados: si yo muriera, tu vida quedaría asegurada y todos te respetarían.... Bien vale eso una simple firma.

—Si desaparecieras — repuso Fanny un poco pálida — todo me sería indiferente. El matrimonio no me modifica. Viviría para sostener a mi hijo. Si no te hubiera conocido, ganaría mi pan dando lecciones de canto y piano. Pero no sólo la muerte separa a los hummos... ¿Y si dejaras de quererme y amases a otra?.

—Eso no ocurrirá, querida — contestó Morsel.

—No hables como un niño a quien molestan los asuntos serios. Eso puede ocurrir: eres sensual, caprichoso y yo puedo envejecer, afearme o, sencillamente, cansarte. En este caso, ¿qué haríamos? En lugar de separarnos apenados, pero libres, tendremos que acudir a los tribunales, andar entre abogados, divorciarnos... Sí: divorciarnos. En nuestra unión anterior no había sitio para esa comedia. Cuando uno se ha unido por libre elección de corazón, por lealtad de palabra, por la fuerza del deseo y por confianza de alma, no puede existir el divorcio... ¿Qué es ese honor del que habla Breuny?... Me sentí honrada el día en que me dijiste: "Vivamos juntos"; pero hoy no. Hoy no hemos hecho más que repetir ante un tipo cualquiera, mezquinamente, lo que dijimos en aquel minuto inolvidable.

—Pero — protestó Morsel — no creí que fueses tan feminista, tan avanzada en tus ideas... Jamás hablaste así.

—Es que no sabes lo que una palabra puede despertar en el cerebro de una mujer. No soy feminista; soy sencillamente Fanny Destanges, a quien no borra la señora Morsel. Tú has consentido en que conserve ese nombre, con el que me he dado a conocer; con él conservo también mis ideas, mi conciencia, y en ellas está mi honor... Yo te quiero con toda mi alma y tú lo sabes; pero, ¿y si dejara de amarte y me enamorase de otro? ¿En nombre del honor que acabas de hacerme, rehusarías a la señora de Morsel la igualdad de derechos que reconocías ayer a Fanny Destanges, tu amante.

—Piensa en lo que dices — dijo Morsel un poco molesto.

Fanny le miró con fijeza y contestó:

—He recibido dos honores de ti: tu amor y nuestro hijo. Tú has recibido los mismos. Pero el tercer honor me deja indiferente.

—¿Así que para ti no es nada llevar mi nombre, ver que cesan las pequeñas humillaciones debidas a una situación irregular, actuar en un ambiente en que antes no podías penetrar, tener la seguridad del porvenir?

—La seguridad para el niño, porque vuelvo a repetirte que yo me basto a mí misma... Si yo supiera que el porvenir de nuestro hijo está asegurado por lo que hemos hecho hoy, te despreciaría. ¿Así que, de miedo de abandonarle en un momento de cobardía, has tomado una precaución legal?... ¡No quiero creerlo!... ¿Acaso hay necesidad de la ley para vender tus propiedades y dejar el importe a tu hijo natural?... Ya sabes que hay mil medios de hacerlo. En cuanto a las humillaciones, al desprecio de la sociedad, me encantaban. Estar en una situación irregular me permitía tratar con personas inteligentes, de amplio criterio, y no codearme con gente fastidiosa, aburridora, a cuya casa me llevarás por deber, por atención y también porque conviene a tu carrera. ¡Sabe Dios qué mujeres vamos a recibir y visitar! Mujeres que ocultan sus faltas amparadas por el pabellón matrimonial. Estoy segura que mis amigas y yo éramos más honradas que ellas. Ya sabes cuántas veces insistieron en conocerme y cómo les contestaste que nuestra situación irregular no lo permitía. Algunas, más liberales y también más curiosas, vinieron a verme, muy asombradas al comprobar que en lugar de loquillas con kimonos y fumando cigarrillos turcos, se encontraban con mujeres educadas, discretas y dignas. ¡Cuánto nos ha hecho reír esa equivocación! En cuanto a tu apellido, ¿qué me importa? Yo te quería a tí, a tu talento, del que tu nombre no era sino un signo.

Morsel miró a su mujer de un modo raro.

—No te había comprendido hasta hoy — dijo; — pero eres más mía que nunca.

—No — repuso Fanny. — Jamás sentí el peso de la cadena y mucho menos hoy. Me has puesto en el dedo un anillo de oro... ¡Ah!... Ayer había en ese anular un anillo invisible, pero admirable, hecho con el oro puro de nuestros libres sentimientos. Ahora hay uno tangible; el joyero lo hizo de oro, pero la ley lo ha hecho de hierro. Y a ese anillo no lo quiero: en el brillo del metal veré siempre reflejarse al otro... Yo no te pedí que te casaras conmigo; acuérdate... Que no haya nunca aquí ese "ambiente matrimonial" del que hablaba irónicamente Aurze... Esa atmósfera sería irrespirable para un artista... Y ahora vamos a ver nuestro hijo y seamos uno del otro libremente, como antes...

Fanny sonreía, un poco temblorosa, y en la mirada que cruzó con Morsel leyeron ambos por primera vez la amenaza que desde tantos siglos atrás hace pesar el pacto social sobre el amor.

Suplemnto quincenal de LA PROTESTA

El número 262 que se pondrá en venta mañana, contiene el siguiente sumario:

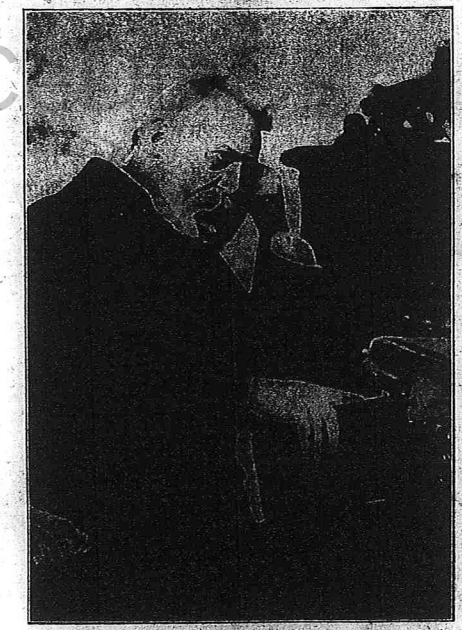
MAX NETTLAU: Villiam Morris y suutopia "Noticias de ninguna parte"... — RUDOLF ROCKER: Contra una ley infame. — JOSE VALADES: El concepto de la historia ¿Agrarismo tradicional? — A. KARELIN: ¿Qué es la anarquía?— PEDRO KROPOTKIN: Revolución social y reconstrucción económica.— El mundo en cifras. — Bibliografía. —Certamen Internacional: E. LOPEZ ARANGO: Doctrina y táctica. — El problema de la tierra y la cuestión campesina. — LUIS FABBRI: Las dictaduras contra la libertad de los pueblos.

Precio: 0.20 centavos el ejemplar. Pídase a los kioskos y a los canillitas.

!!! APARECIO !!!

JOHANN MOST, LA VIDA DE UN REBELDE

POR RUDOLF ROCKER



Tomo primero, 344 páginas. Precio: $ 1.50.
Tomo segundo (aparecerá en breve, se reciben pedidos de ejemplares). Editorial "La Protesta"—Perú 1537, B. Aires